Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI | San José, Costa Rica | 1930 | Sábado 6 de Setiembre | Núm. 9

Año XI. No. 505

SUMARIO

Homenaje al Dr. Castro en el 112 aniversario de su nacimiento

1818 - 1º de setiembre - 1930

Como en el último sacrificio fúnebre de la Iliada, en que la hoguera pagana consumió el cuerpo del héroe; como cuando se alzaba la columna o el monumento conmemorativo sobre la tierra, o se labraba el pétreo y misterioso hipogeo debajo de la tierra, para el hombre pensador y magnánimo, para el rey fuerte o bondadoso; como discípulos que vemos expirar al maestro, que acaba de apurar, bajo el palio de la vejez, la última gota de la cicuta amarga de la vida; como marineros que quedamos en la orilla, viendo hundirse en el mar de la sombra al esforzado capitán anciano; así estamos nosotros; así estamos los hijos de la Patria y de la Libertad al contemplar el ocaso de este sol que se apaga.

Yo le he visto en su lecho mortuorio; con el rostro pálido después del amargo esfuerzo de la última agonía; le he visto los ojos cerrados al helado beso del ángel del último sueño; rígido, con los labios apretados, frío, imponente, cadáver! Y en tanto que le miraba venía a mi memoria el recuerdo de toda aquella existencia pasada, de aquella senda limpia y victoriosa por donde pasó el caballero vencedor al son de las trompetas de bronce de los cívicos triunfos. Me imaginaba verle joven, vibrante, en los primeros tiempos de su vida pública, cuando era el mozo de inteligencia alada, Auditor de Guerra de aquel batallador inmortal y heroico que se llamaba Francisco Morazán, cuyo retrato le ví hacer al patricio venerable, a la mesa de los Montúfares, en Guatemala. O antes, en los claustros de la Universidad leonesa, aprendiendo filosofía en latín y penetrando en el espíritu de las leyes; o cuando al retorno a su patria costarricense, sirvió a Alfaro, el alajueleño, que tenía fibra y sentimiento, que era franco y natural, sin barniceses modernos, contundente como un martillo y claro como una gota de agua; o ya en mejores épocas, cuando tuvo el pensamiento amable y generoso de traer aquí a don Juan García, que levantó la enseñanza, que explicaba a los niños como un maestro moderno, lo que es una rosa, lo que es una estrella. Bendito el Ministro bueno que para su país quería la libertad y la luz! Así fundaba para los pequeños la escuela, para los hombres la Universidad. Y cuando subió más alto, a Jefe de la República, joven, en época en que sólo ascendían al gobierno los cabellos blancos, fué modelo de presidentes. Si pecó fué el suyo pecado de bondad, o exceso de entereza. Tal se vió a su caída, pues el pueblo pudo observar cuánto de trabajos y de obras de progreso dejaba el gobernante probo que buscaba siempre la felicidad de su nación. Querían los enemigos detener su aliento, parar el brazo laborioso: le hacían guerras; se defendía él, apagaba el incendio, destruía los planes adversos; cayeron bajo su mano los revolucionarios, a nadie mató: como dice el periódico del Gobierno: «no manchó sus manos en la sangre». Cuando se fué a su casa, llevaba las manos puras; a través de su conciencia cristalina, brillaba el sol. De oro era la medalla que llevaba en su pecho el *Fundador de la República;* la medalla que le dió el Congreso, cuando dejó el bastón. Después le persiguieron en su tierra, y se fué a comer pan extraño, porque le echaron de ella. Soportó estoico el destierro. Donde llegaba decían: «Bien venido seas». Aquí estaba la familia triste, que cuando volvió el proscrito le recibió con lágrimas y flores. Hombre tan meritorio, dijo la Asamblea, no merece sino sillón de honra, curul augusta; y le puso de Presidente del Poder Judicial. Sirvió de nuevo a su país, y, como siempre, en él resplandecieron la honradez, el honor y la justicia. Pasó algún tiempo y se dirigió a la república colombiana. Los nobles vecinos le recibieron de manera



Dr. J. María Castro

Según el cuadro existente en la Biblioteca de la Escuela de Derecho.

Habla el Dr. Castro:

En política es crimen retener un cargo cuando otras manos pueden servirlo mejor.

...la opinión pública, que debe ser el oráculo de un gobierno libre y popular, no puede conocerse bien si no es expresándose bajo los auspicios de la *augusta libertad de imprenta.*

La libertad de la prensa es un derecho consagrado por la ley, y como tal debo respetarlo, cualesquiera que sean las con-

(Pasa a la página 138)

fraternal; y Murillo, el gran Murillo, recto y sagaz, cuya alma era un cisne por lo inmaculada e intacta, estimó al huésped, le puso sobre su corazón, le dedicó sus juicios lisonjeros.

Regresó. Lleno de grandes prestigios, cubierto de viva gloria, volvió a elegirle Presidente el pueblo. Comenzó de nuevo el repúblico su interrumpida tarea. En medio de las agitaciones políticas, era un árbol firme y vigoroso que tenía el conocimiento de la virtud de su savia. Pero he aquí que la revolución fué más potente que las anteriores: golpeó el hacha revolucionaria y el árbol se vino al suelo. Mas sus mismos contrarios reconocían la superioridad de aquel republicano que no atacaba nunca la ley ni los principios democráticos; que tenía odio al cadalso, que dejaba intacta el arca pública, que promovía adelantos, que respetaba el derecho ajeno, que no callaba nunca los clarines de la prensa, esa terrible derrocadora de toda Jericó.

En sus postreros tiempos siempre estuvo en altos puestos, en gracia de sus merecimientos altísimos. Todo Centro América vió de cerca al preclaro ministro que llevaba en la solapa de su levita el botón rojo de la Legión de Honor; todo Centro América escuchó los discursos suyos, oportunos y patrióticos siempre, y todo Centro América cuando le veía pasar decía: «Allí va una reliquia gloriosa del buen tiempo viejo; allí va un monumento vivo que recuerda la grandeza de nuestros padres.»

Era él un tanto soñador; era unionista. Quería la fusión de los cinco estados, la Unión, la visión de Jerez, la Dulcinea de Cabañas—ese sublime caballero andante de la libertad;—la mártir que quizá desapareció para siempre aplastada por las ruedas de los cañones de Rufino Barrios. Siempre fué el Doctor Castro mensajero de la Paz.

Los que le conocimos íntimamente, sabemos como era el hombre. Era jovial, bondadoso, amigo de la juventud.

Amaba a sus hijos con una ternura profunda. Cuando murió mi amigo Jorge el padre padeció dolor inenarrable. Al verme tiempo después de la desgracia, se puso a llorar, me dió un abrazo. Pobre y bella alma!

Duerma ya su misterioso sueño el maestro de virtudes y energías.

Descanse el hombre antiguo, extraño a nuestros tiempos, digno del mármol. Costa Rica le debe una estatua.

La juventud debe descubrirse delante del cadáver del varón intachable.

Su casa está de duelo, ese hogar que él quiso tanto, donde tenía los seres de su corazón que le acompañaron en las glorias y en las tristezas de la existencia.

Yo saludo al patricio que emprende el viaje eterno.

Saludo al astro que se pone.

Te digo adiós, anciano de la sonrisa dulce y la mirada paternal.

Rubén Darío

(*El Heraldo*, 6-IV-92).

(De *Rubén Darío en Costa Rica*. San José, Costa Rica. 1919.)

...En tan lamentable situación surgió a la vida pública el ilustre Doctor Castro, plenamente convencido de que sólo por la elevación de la cultura nacional cabía redimir a la patria; y absolutamente determinado a procurarlo a toda costa.

El 3 de mayo de 1843 decretóse a su iniciativa, la ley de erección de la Universidad de Santo Tomás. Se creerá que comenzaba así el padre de la enseñanza nacional su eximia labor por la cúpula del edificio; pero no es esa la verdad, porque dentro de la nueva creación se comprendía un vasto plan educativo, el avance simultáneo de todos los ramos del saber, y de todas sus escalas, del deletreo al doctorado.

«El primer deber de un buen gobierno» decía entonces el Doctor Castro—y lo creía muy de veras y de lleno lo practicaba—«es promover la instrucción pública, adoptando para ello todos los medios que parezcan adecuados a la obtención de este grandioso e importante objeto.»

«Sólo la instrucción», agregaba, «lleva al hombre al importante conocimiento de sus derechos y obligaciones; sólo la instrucción refrena y dirige sus pasiones; sólo ella siembra en el corazón la semilla de la dignidad y del honor, e inspirándole sublimes y nobles pensamientos, le hace justo, útil, benéfico y patrióta».

«La ilustración», sostenía por último, «es el baluarte indestructible de la libertad de los pueblos, el firme apoyo de su tranquilidad, el paladión de sus derechos, y la primordial causa de su engrandecimiento y prosperidad».

El día 1°. de setiembre de 1843, vigésimoquinto aniversario de su natalicio, publicó el Doctor Castro los Estatutos de la Universidad, obra completa que entraba en todos los detalles y los resolvía sabiamente, compuesta de 211 artículos; estatutos que subsistieron en vigor, con breves lapsos de suspensión, hasta que desapareció del concierto de la enseñanza nacional aquella alma máter de gran número de compatriotas ilustres.

El 21 de abril de 1844 tuvo efecto en el salón de la Asamblea del Estado, con solemnidad y esplendidez que sobrepujaron a toda otra ocasión de regocijo público, la inauguración del Instituto con asistencia de las autoridades supremas civiles, militares y eclesiásticas. Un ejemplar de la ley de erección, estampado en seda y colocado dentro de un marco de oro profusamente adornado de flores, pasó de manos del Ministro Castro a las del Rector de la Universidad, Doctor don Juan de los Santos Madriz; y después de discursos adecuados de los Doctores Castro y Madriz y de los catedráticos presentes, Doctores Herrera, Gallegos y Calvo, se colocó aquélla en un carro alegórico tirado por diez niñas ricamente ataviadas y llevóse a casa de don Alejandro Escalante, donde se había preparado un a modo de altar para la exhibición del valioso documento.

Corridas de toros, banquetes, bailes y cabalgatas se sucedieron por varios días, costeados ya por el Gobierno, ya por el Ayuntamiento, o bien por los empleados civiles y militares y por particulares, a porfía.

Harta razón tenía el país para tan desbordante alegría, porque la aspiración de los patriotas se veía cumplida, y la anhelada Universidad nacía llena de vida y repleta de promesas para el porvenir. Traía a guisa de dote un capital respetable, compuesto de todo el haber de la antigua Casa de Santo Tomás, con más una cuarta parte de la renta de tabacos del Estado; capital holgado para el perfecto lleno de sus fines.

La fuerte vitalidad de esa obra memorable del Doctor Castro le consintió extender su benéfica acción por largos años; y para encomiar sus importantes servicios, baste observar que no menos de seis Presidentes de Costa Rica se formaron en sus aulas, al suave calor de aquella madre de su saber y virtudes. Refiérome a los señores Soto, Durán, Iglesias, Esquivel, González Víquez y Jiménez (don Ricardo).

Como dependencia de la Universidad, a costa y bajo la dirección de su Junta de Gobierno, fundó el Doctor Castro en noviembre de 1846, la primera Escuela Normal de Varones de Costa Rica. El número de alumnos, de 14 a 20 años, era cincuenta, designados por las municipalidades y sostenidos los de fuera de la capital, por aquel Instituto.

El 8 de mayo de 1847—antes de alcanzar la edad de 29 años—ascendía el Doctor Castro a la Presidencia de Costa Rica, por elección popular; y uno de sus primeros cuidados fué la creación de un Liceo general para la educación de niñas de todos los departamentos del Estado.

No resisto al deseo de reproducir la parte motiva del decreto respectivo, fecha 19 del citado mes; dice así:

«Persuadido de que uno de los objetos más influentes en la moral pública y más importantes al bienestar social, es la educación del bello sexo, de donde sale la hija amorosa que halaga y dulcifica la ancianidad de sus padres, la fiel esposa que hace la dicha del hogar doméstico, y la tierna madre destinada por la naturaleza, a formar, como primera maestra, el corazón del hombre; persuadido asimismo, de que en el estado de progreso y de población en que se encuentra Costa Rica, ya es oportuno y preciso erigir casas de enseñanza pública para niñas en todos los departamentos del Estado, y siendo indispensable, para verificarlo, preparar antes el número de maestras, mediante la plantación de una escuela general; por tanto,» etc.

En carta que, por insinuación del Conde de Gueydon, encargado por su Gobierno de abrir en este país relaciones diplomáticas y comerciales, dirigió el Doctor Castro a Su Majestad la Reina de los franceses, descuella la devoción del joven gobernante a la cultura de la mujer; he aquí sus palabras:

«Erigida en esta capital una universidad para la alta instrucción de la juventud masculina, se echaba de menos un instituto para la cultura del bello sexo... que constituyendo la más preciosa mitad del hombre, demanda no menos que éste el beneficio de una esmerada educación. Procedí a llenar este vacío y decreté un Liceo para niñas, ase-

gurándole rentas más que suficientes; pero ha sido infructuosa esta medida... y los padres de familia continúan deplorando la falta de medios para dar a sus hijas la conveniente educación. Yo que tanto anhelo por que las preciosas jóvenes que brotan en este suelo, tengan una mente ilustrada que corresponda a su natural modestia y a las bondades de su corazón, he creído que el medio más seguro de hacer venir al Estado personas capaces por sus conocimientos y virtudes de regentear el Liceo de Niñas, es el de ocurrir a la benevolencia y ternura de la muy ilustre, muy cristiana y muy digna esposa del sabio Rey de los franceses...

El acariciado proyecto fracasó por la caída de la monarquía francesa. Enseguida y por algunos años se retiró el Doctor Castro, ya a la vida privada, o a campos de la pública que no le daban facilidades para el logro de sus vehementes deseos en favor de la educación.

En mayo de 1866 subió el Doctor Castro por segunda vez al solio presidencial. En la siguiente legislatura presentó el digno Ministro de Instrucción Pública del nuevo Gobierno, Licenciado don Julián Volio, con la memoria anual del ramo, un plan meditado de total reforma de la enseñanza primaria...

———

... A pesar de la fuerte presión del Gobierno, pasó la legislatura de 1867, sin que el proyecto enunciado se convirtiera en ley. Al abrirse la siguiente legislatura protestó el Presidente Castro contra semejante inercia o tibieza de esta manera:

No sin pena os digo que por falta de facultades, el Poder Ejecutivo no ha podido hacer en el importante ramo de instrucción pública las reformas radicales que ésta demanda, y que se ha limitado a ejercer algunos actos de protección de poca trascendencia.

Imperiosa es principalmente la necesidad de sistematizar la instrucción primaria, uniformándola en todos los pueblos de la República. A esto ocurre el proyecto de ley que os presentó el Poder Ejecutivo el año anterior y que de nuevo os recomiendo.

No obstante esto, debo manifestaros mi deseo de que la instrucción pública en todos sus ramos y escalas, quede exclusivamente sometida al Poder Ejecutivo y autorizado éste para arreglar e invertir los fondos de instrucción de cada provincia en el objeto a que están destinados y para disponer hasta de 30,000 pesos del Tesoro Nacional en favor de la enseñanza pública del país.

———

... La pertinancia del Congreso resultó invencible, y a lo único que accedió fué a esto: autorizar al Ejecutivo para invertir en el edificio del Colegio Normal de Niñas una cantidad de dinero no pequeña.

Este edificio comenzó a construirse en el sitio que hoy ocupa la Plaza de Armas, al Oeste del Palacio Nacional y Cuartel de Artillería de la Capital.

En la solemne colocación de la piedra angular de aquel templo dedicado a la elevación de la mujer, pronunció el Presidente Castro uno de sus más bellos discursos. Como en él palpita el ardiente anhelo que desde sus tempranos años alentaba en el egregio orador, pienso que será releído con deleite:

He aquí —decía —la piedra angular de un edificio que ha sido el objeto de mi más constante anhelo.

Hemos venido a colocarla, y a iniciar así la obra de que tanto necesitamos y que, con la protección de Dios, ha de ser fecunda en bienes para la patria. Es el núcleo de las demás que deben seguirla, destinadas a la educación de la mujer, a quien la Providencia ha señalado funciones tan decisivas en la felicidad de la familia como influentes en la tranquilidad y en el progreso de la Nación.

Importantes son las que le tocan hoy como hija, y como esposa mañana; pero las que después reasume en la condición de madre, son de más alta trascendencia.

En el regazo materno se forma el corazón del hombre, y de ese regazo ha de levantarse villano o caballero.

Mucho tiempo la cabeza permanece abierta a las ideas; corta es la época en que el corazón lo está para recibir la semilla de buenos sensentimietos; y esa semilla ha de desprenderse de los cariñosos labios de la buena madre. El que ha tenido la desgracia de no recogerla puede más tarde cultivar y aun enriquecer su inteligencia; pero rara vez ésta, en su continua lucha, alcanza a librarle de que la envidia y otras innobles pasiones, lo arrastren al fango de la hipocresía, de la deslealtad y del crimen. Nada ganan la amistad ni la patria con un sabio ruin, y casi siempre las difamaciones y las calumnias contra los altos funcionarios, los atentados contra el orden público, y el descrédito y decadencia de los pueblos, proceden de una cabeza instruida que obra al impulso de un mal corazón.

Si pues de la mujer depende en mucho, que las familias tengan padres y hermanos buenos, los hombres, amigos fieles, y la sociedad, gobernantes probos, jueces rectos, eclesiásticos dignos y ciudadanos útiles; educarla—y educarla bien—es uno de nuestros más imperiosos deberes.

Para llenarlo cumplidamente y bajo el más adecuado sistema, preciso es construir antes un edificio que corresponda a la importancia del objeto, al progreso del país, y a la consideración que se merece el bello sexo.

A ese edificio damos hoy principio, con la mira de que también sirva a futuras generaciones, como un legado de la presente.

Espesa capa de tierra y césped oculta los cimientos de la Escuela Normal de Niñas cuya construcción venía persiguiendo porfiadamente el Presidente Castro desde 1848.

Don Mauro Fernández explica satisfactoriamente el hecho así:

Miró siempre el Doctor Castro con marcada predilección la educación de la mujer; y si las circunstancias de su época no le permitieron realizar todos sus ideales, bastan para juzgarlos los progresos que a su iniciativa alcanzó la educación del bello sexo y la simiente que más tarde ha germinado en los campos fecundados con la propaganda de principios que él difundió siempre por la idea civilizadora que envolvían.

Se explica así su afán por la instrucción pública, la cual desde su temprana colaboración en las altas regiones del Poder, recibió del insigne estadista empuje vigoroso; y sus biógrafos encontrarán en ese campo de sus trabajos las ideas más elevadas y los rasgos más salientes de una naturaleza superior encariñada con la idea trascendental de la instrucción popular.

Si la acción creadora del Doctor Castro en lo tocante a instrucción profesional fué robusto roble que arraigó profundamente en el terreno y dió copioso fruto, el éxito de sus esfuerzos en pro de la nacionalización de la enseñanza popular y cultura del bello sexo se demoró algún tiempo, por la frialdad e indiferencia de elementos que debían colaborar para el logro inmediato y completo de sus nobilísimos ideales. Esto no quita que se reconozca hoy la inmensa gratitud a que es justamente acreedor el Doctor Castro, cuando no por otro título, por el de insigne luchador y esforzado propagandista. Sus ideas y aspiraciones no tardaron con todo en abrirse paso; tanto que, antes del transcurso de un año a partir de su separación del Poder, otro gran patricio, más afortunado, el Benemérito Licenciado don Jesús Jiménez, logró introducir en el texto de la ley fundamental que bajo su inspiración se diera, el grande, sano y salvador principio de la enseñanza primaria obligatoria, gratuita y costeada por la Nación, llevando a la práctica muchas de sus obligadas consecuencias; y pocos lustros más tarde fue dable la radical revolución intelectual efectuada por el denodado adalid de la democracia, el invicto Fernández.

Castro y Volio, primero, Jiménez luego y Fernández por último, por su tenaz empeño en favor de la ilustración de las masas y por su veneración y cariño hacia la cultura del bello sexo, son igualmente dignos de intensa gratitud nacional. La historia imparcial y justiciera tiene discernida a esos preclaros varones corona inmarcesible; y mientras no se hunda bajo el océano el istmo que habitamos, en lo más hondo del corazón de sus compatriotas tendrá cada uno, y todos en conjunto, un altar para el culto de sus grandes merecimientos.

Es tan abundante el material, que sólo escribiendo un libro acertaría a presentar la radiante figura intelectual y moral del Doctor Castro en sus principales y más atrayentes aspectos. Tengo, pues, que prescindir de recuerdos deleitosísimos sobre el afable trato que del venerable Rector recibía el más humilde estudiante de la Universidad. El cuerdo consejo de aquél, antes que Rector, padre y amigo, estaba siempre a disposición del cuitado; como también su patrocinio, su biblioteca, y aún su mesa, donde era honrado y con todo esmero atendido, el tímido aspirante a bachiller, futuro magistrado, diplomático, orador, o magnate.

El Doctor Páez dió a Castro un título honrosísimo en ocasión solemne:

Padre y Campeón de la garantía de la emisión del pensamiento.

Y el gigante de la oratoria, Doctor Zambrana, formuló esta frase, digna del mármol:

Castro fué no sólo Caballero de la Legión de Honor de la Francia, sino Caballero de la Legión de Honor de Costa Rica; de la Legión de Honor de América; de la Legión de Honor de la Humanidad.

Pedro Pérez Zeledón

(Del folleto *Dos Próceres*. S. J. de Costa Rica. 1918.)

En la vida pública del Dr. D. José María Castro, tan larga y tan fecunda, descuella a mi juicio un hecho que basta para hacerlo acreedor a la gratitud nacional y a que la posteridad guarde su memoria con veneración: su amor nunca desmentido a la libertad de la prensa y a la juventud estudiosa.

Fué ministro por primera vez durante el gobierno provisional de D. José María Alfaro, a quien la revolución triunfante llevó al poder a la caída y muerte de Morazán en 1842. Castro sólo tenía entonces veinticuatro años y, sin embargo, fué el alma y la cabeza de aquella Administración liberal y progresista, que construyó la carretera a Puntarenas, fundó la Universidad de Santo Tomás y fomentó la libertad de la prensa.

Llamado a su vez a ejercer la primera magistratura del Estado en 1847, Castro se mostró fiel a las ideas con que había iniciado su carrera política, dando pruebas, además, de generosidad y clemencia para con sus enemigos, que fueron muchos y encarnizados. Ni las mismas guerras civiles a que tuvo que hacer frente pudieron desquiciar la serenidad de su alma ni la nobleza de su corazón. Castro supo vencer y perdonar a los que se le opusieron en el campo de batalla; pero ante la amenaza de una traición militar, prefirió retirarse del poder para impedir la inscripción de una página vergonzosa en la historia de su patria.

Electo en 1866 Presidente de la República que él había fundado en 1848, año en que Costa Rica se separó definitivamente de la deshecha Federación Centroamericana, Castro dió en esta segunda Administración toda la medida de sus virtudes republicanas. Por desgracia, la prensa abusó de la libertad completa de que gozaba para combatir sin piedad al mandatario que procuraba por todos los medios a su alcance fomentar el progreso del país; y el pronunciamiento militar del 1.º de noviembre de 1868 puso fin al gobierno liberal de Castro!

El doctor Castro sólo podía dar libertad a la prensa cuando ejercía el poder directa o indirectamente; pero la obligación que se impuso de proteger a la juventud estudiosa, la cumplió fielmente durante toda su larga vida. Nunca llamó a su puerta en vano un estudiante necesitado de ayuda moral o material y este es un título de gloria inmarcesible, el más hermoso quizá de todos los que engrandecen la memoria del ilustre ciudadano, del preclaro estadista cuyo centenario vamos a celebrar el 1.º de setiembre del año en curso.

R. Fernández Guardia

(*Athenea*. S. J. de C. R. Setiembre, 1918.)

Los llamados liberales de este país

Carta al Sr. García Monge

Mi querido amigo:

He recibido dos remesas de dos números cada una de *Repertorio*. En uno de esos periódicos mucho me interesó lo que dice Vasconcelos de los seudoradicales norteamericanos. Me refiero al artículo en que anuncia desenmascarar a *The Nation* y a *The New Republic*, Ese artículo desenmascarador no lo he visto y ardo en curiosidad por verlo. La tesis Vasconcélica da en el clavo. Se está fomentando en nuestra América el anti-intelectualismo que caracteriza al yanque. Los portavoces de ese anti-intelectualismo están desalojando en nuestros periódicos a los valores intelectuales que poseemos. En los Estados Unidos se nos menosprecia. Todo eso es cierto, no obstante lo siguiente: Que un gran pintor mexicano, Diego Rivera, goza aquí de tanta o mayor fama intelectual que entre nosotros. Por lo general lo que Diego dice o escribe lo tomamos como exageraciones y aún como puritita macana (y perdóneseme darle adjetivo mexicano al vocablo argentino). Recientemente Walter Lippman, renombrado intelectual norteamericano, citaba a Diego con respeto, un respeto intelectual como, que yo sepa, sólo Pedro Henríquez Ureña ha expresado por ese gran pensador que es Rivera. Que otro agudo ingenio mexicano, Miguel Covarrubias, se ha abierto aquí campo inmenso, provechoso y permanente, mientras que bien le recuerdo en su patria llegar a dudar hasta de su propio valer y preguntar con un candor que le valió el epíteto de «el chamaco» si lo que hacía valía la pena. Sus caricaturas y dibujos (que algunos como Tablada, Abraham Angel y Rivera elogiaban) ni gratis se los querían publicar los periódicos. Clemente Orozco, grande figura a quien, en su fama, le ha hecho mucho daño la torpe discusión sobre si supera a Diego, está abriéndose amplio camino en Nueva York en competencia con todo el arte del mundo. Hugo Wast fue recibido con una resonancia de publicidad que me hizo recordar lo magro de la recepción a Darío en 1914, y que también me ha hecho pensar en que este país adelanta en aprecio de nosotros. Como en la mentalidad popular todos somos aquí *Spanish*, bien vengamos de España o de la América que habla español, creo que debo mencionar el honor en que se tiene al violoncelista Pablo Casals, la conquista rápida y estable que de este público hizo el gran guitarrista Andrés Segovia, y la facilidad con que otro español, Salvador de Madariaga, escribe lo que quiere donde quiere. Luis Muñoz Marín, buen talento portorriqueño, colabora asiduamente en el *Sun* de Baltimore, uno de los cuatro grandes periódicos norteamericanos, y en la revista *Mercury* de Mencken. No se puede, pues, generalizar. Quizás sea que no hemos cultivado lo nuestro suficientemente; que nos hemos dado a cultivar lo extranjero—algunos lo alemán, como en Chile, algunos lo inglés como en el México que veneró a Oscar Wilde y a Pater, los más lo francés, y que siendo lo inglés, lo francés y lo alemán obtenibles aquí directamente, se desprecie lo que ofrecemos. Con frecuencia me ha ocurrido maravillarme de la inconsciencia con que somos extranjerizantes. Recuerdo a un hombre muy inteligente, en México, que admirablemente se había adiestrado en todas las disciplinas intelectuales, a quien casi sin tomar aliento le oí quejarse de que en los Estados Unidos se nos tuviera por seres inferiores, y declarar que la maldición de México es el indio. Ese hombre ha sido, y es, un gran profesor de filosofías ajenas, y aún sus mejores amigos han lamentado que no tenga filosofía propia. Diego Rivera, Clemente Orozco, Covarrubias—los que han triunfado—no desdeñan al índio; libres de ese complejo psicológico, ni siquieran lo juzgan como bien o como mal de su país. Para ellos es el país. Y tal vez éste sea el secreto de su triunfo.

Necesitamos, como ellos hicieron, ser independientes, identificándonos con lo que es nuestro. Recuerdo en este momento dos admirables artículos cortos de Pedro Henríquez Ureña que se publicaron en 1915 o 1916 en *The Forum*, la notable revista donde mes a mes viene escribiendo Salvador de Madariaga; uno era sobre el ballet ruso, el otro sobre Anatole France. Y se me ocurre que cualquier cosa, aún de menor mérito literario, que Pedro escribiese sobre los bailes populares mexicanos, por ejemplo. o sobre lo agudo del ingenio mexicano —y nadie mejor que él para tratar estos temas—aquí se honrarían publicándola, Quiero decir que lo que es de veras nuestro, tiene, relativamente, fácil aceptación. Lo difícil de hacer entrar es lo que creemos nuestro cuando en realidad no es más que imitación.

El campo que sí nos está vedado es el de la opinión política en asuntos que afectan a este país, principalmente cuando lo que tenemos que expresar es derogatorio del buen nombre de los Estados Unidos.

En los periódicos y revistas francamente imperialistas, esa actitud se comprende. Donde choca e indigna es en las publicaciones que se dicen liberales, en diarios como *The World* de Nueva York y los veinte a treinta en otras tantas ciudades del circuito Scripps-Howard, y en revistas como *The Nation, The New Republic, The American Mercury, The Forum* y hasta *The World Tomorrow*. Recuerdo que en 1927 fuí invitado por el señor Robert Morss Lovett, profesor de la Universidad de Chicago y uno de

los directores de *The New Republic*, a un lunch en la casa de esa revista para conocer al señor Croly, recién fallecido, al señor Bliven y a los demás directores y redactores. Tengo muy presente el haber comido mal y poco teniendo que responder a tanta pregunta que se me hizo sobre Nicaragua. A los postres se me pidió que hiciera, para publicarse, la crítica del bellaco librejo de Stimson sobre *La política estadunidense en Nicaragua*. Escribí unas mil quinientas palabras en las que naturalmente expresé la indignación que ese libro me causaba. *The New Republic* malcriadamente se negó a publicar mi *review*.

Recientemente, en enero, recibí cartas de Nicaragua urgiéndome mover cielos y tierra para salvarle la vida al joven Fernando Larios a quien los marinos yanques que mandan en Nicaragua iban a juzgar en corte marcial. En varios lugares interrumpí mítines y aún bailes, expliqué el caso, y rogué a mis oyentes dirigir inmediatos telegramas al Presidente Hoover protestando contra la proyectada iniquidad. Me ayudó en esto con admirable energía y desinterés el poeta Shaemas O'Sheel y varios miembros del Civic Club también hicieron buena labor. Al señor Hoover le llovieron telegramas y cartas de protesta. Como era natural, acudí a la prensa y a las revistas. El *World* me dió su oído pero al mismo tiempo pidió informes oficiales de Washington, y publicó, muy reducidas, mis declaraciones junto con la mentirosa declaración de la Secretaría de Marina de que quienes juzgaban a Larios eran autoridades nicaragüenses y no marinos yanques. Mr. Benjamín Marsh, activísimo secretario de *The Peoples' Lobby*, asociación de la que es presidente el notable filósofo y pedagogo John Dewey, se esforzó porque el *World* delatara la falsedad de la declaración oficial norteamerica; pero el *World* se opuso terminantemente a hacerlo.

Lo más curioso fue la actitud de *The New Republic*. El caso Larios se lo expliqué por escrito. Nunca dijo nada. Al cabo de meses recibí una esquela muy atenta firmada por el director Bliven preguntándome qué había resultado de la corte marcial que juzgó a Larios. Es decir, el peligro que Larios corrió no les interesaba. ¡Que lo hubiesen fusilado era, al parecer, lo que deseaban! O cuando menos, lo que esperaban.

Walter Lippman, a quien arriba he mencionado, es el muy brillante editorialista de *The World*. Cuando Stimson andaba en Nicaragua le expliqué a Heywood Broun, colaborador especial de ese periódico en esa época, la situación de Nicaragua y lo que inevitablemente ocurriría, advirtiéndole la importancia de lo que Stimson hiciera fuera muy vigilado. Broun me dijo que a quien había que hablarle era a Lippman, y como éramos, y somos, buenos amigos, invitó a Lippman a su casa especialmente para que le hablase yo. Lippman me expresó una negativa rotunda. Tenía fe absoluta en la honorabilidad de Stimson. Sandino, que aún no surgía, estaba condenado de antemano por *The World*. Debo decir que pocos meses después, por la actitud de Broun justamente airada contra la sentencia de los altos jueces que condenaron a Sacco y a Vanzetti, la columna diaria de mi amigo dejó de aparecer en el diario ése de Nueva York.

Casos como los que he mencionado podría contar, de mi experiencia propia, casi interminablemente. Los llamados *liberales* de este país, a quienes Vasconcelos llama seudo-radicales, no llegan ni a eso. No les inflama ningun ardor por la justicia. Cuando se ven desdeñados por quienes ejercen el poder, hacen suya cualquiera causa noble que les pueda servir de arma para sus fines propios. En 1926 y 1927 la gritería que armaron favorable a Nicaragua, era sólo para molestar a Kellogg. Ido Kellogg, Nicaragua no les ha importado más. Es cosa curiosa, que actualmente, en Nueva York, los periódicos que dan las más amplias informaciones de Nicaragua son los muy reaccionarios y ultra-imperialistas *Times* y *Herald Tribune*. Al *World* y al *Telegram* que en 1926 y 1927 le daban a Nicaragua tanta importancia, ya no les interesa la suerte de mi país. Y eso que de 1927 a esta parte el crimen norteamericano en Nicaragua se ha venido agravando a diario.

La idiosincrasia de este «liberalismo», que dejo explicada, es razón por la cual el gobierno de este país no se preocupa, no importa a qué región del cielo eleven su grito estos liberales. Con sólo cambiar el director de la política imperialista, quitando al que desagrada y poniendo a uno que agrade, los que contra el imperialismo protestan se callan inmediatamente. Stimson es un imperialista más feroz que jamás lo fue Kellogg, pero Kellogg se había hecho odiar; Stimson no. La actitud de Stimson especialmente contra el representante de los periódicos Scripps-Howard durante la conferencia naval en Londres, le ha creado antipatías; si éstas se ahondan, pronto agarrarán a Nicaragua, los «liberales» directores de esos diarios, como se agarra una piedra, y se la arrojarán a Stimson.

Iluso es, me parece, quien crea que aquí tenemos los latinoamericanos amigos. Hay ocasiones cuando tomar nuestra parte les conviene a diversos grupos. Dejar de aprovechar esas ocasiones lo más que nos sea posible es algo a lo que no tenemos derecho. Pero guay de fiar en ninguno de estos griegos aunque nos vengan con dádivas.

Le cuento que quizás pronto nos veamos. Si el Departamento de Estado y las autoridades de inmigración intentaran expulsarme mientras el Congreso está en sesiones, relativamente fácil es conseguir que algunos senadores me defiendan. Pero clausuradas las sesiones del Congreso sus miembros van a donde sus representados a asegurarse las curules, especialmente este año que es de elecciones de senadores. Por consiguiente espero que en cuanto el Congreso recese, se me expulse por el crimen de haber llegado sin pasaporte. Sin pasaporte válido me expulsaron de mi patria, con siete nicaragüenses más, los marinos yanques que sostienen en el poder al traidor Moncada. En Costa Rica ojalá se me dé asilo. Desde hace un mes las autoridades de inmigración me ordenaron salir.

No estoy enteramente de acuerdo con Arthur Livingston sobre Papini, pero el artículo de este norteamericano que publica hoy en su sección de libros el *Herald-Tribune* es muy interesante. Supongo que *La vida de San Agustín* ya ha sido, o pronto será, publicada en español, y la traducción de la crítica que hace Livingston quizás tenga cabida en *Repertorio Americano* (1). Livingston es profesor en lenguas romances en la Columbia University.

Ya esta carta es demasiada larga para decirle cosas de Nicaragua que creo de importancia y que dejo para otra y pronta ocasión.

Le abraza afectuosamente su amigo,

Salomón de la Selva

En Nueva York, a 22 de junio de 1930.

(1) El artículo de Livingston sobre Papini, salió en la entrega anterior. Por descuido salió sin la firma.

El sacrificio burlado

=Envío del autor=

A *Rebecca Kaye*

Estas son, señora, las madres de la Estrella de Oro. Este relato de Grace Robinson en *Liberty*, el más interesante, sin duda, de cuantos han venido, no puede ser más conmovedor. Son las cuatro mil quinientas madres de los norteamericanos muertos en Francia durante la Gran Guerra, quienes, por invitación del presidente Hoover, han ido a visitar las tumbas de sus hijos. Como véis, hay también algunas viudas, muy pocas; y es de repetir la dolorosa observación que Grace Robinson hace:

—Sí—dice—, también había algunas viudas. Solamente un puñado. Según la ley, toda viuda de soldado que se haya vuelto a casar es inelegible para la peregrinación a los cementerios de Francia. Y casi todas se han vuelto a casar. Sólo las madres guardan el recuerdo.—

Hace un poco más de una década, señora, el mundo ardía en la más espantosa de las guerras. Un impulsivo coronado, de bigotes en punta, amenazaba con sus legiones la existencia de la democracia, esa conquista de los pueblos que tánta sangre y sacrificios ha costado. Recordaréis aquellos días de angustia para los aliados; recordaréis aquellas horas de zozobra, cuando los corazones bien puestos se salían de los pechos creyendo que la Francia, ese lucero del mundo, perecería entre las garras de las

águilas imperiales. Y recordaréis también cuando la voz de uno de los más ilustres de vuestros compatriotas, el apóstol Woodrow Wilson, repercutió por todo el planeta anunciando que el gran pueblo de los Estados Unidos empuñaría las armas por la libertad del mundo y por la democracia.

Vuestra gran Patria, señora, ha sido pródiga en grandes hombres. Vuestros próceres son venerados por la humanidad entera. Los nombres de Washington y Jefferson, el de Lincoln y el de Wilson, son repetidos con religioso respeto en cualquier rincón del mundo en donde aliente un hombre libre. Y nadie ignora que vuestro pueblo pagó en poco tiempo su tributo a la muerte con heroica largueza. ¡Ciento veintiséis mil muchachos de los Estados Unidos quedaron enterrados en los campos de Francia!

Y ahora, después de doce años de estar suspirando por regar con sus lágrimas las tumbas de sus hijos, cuatro mil quinientas madres, en distintos grupos, van en santa peregrinación a los aún intactos campos de batalla, a convencerse con sus propios ojos de que sus hijos en realidad han muerto, leyendo sus nombres entre la geometría de millares de cruces blancas enfiladas. Y digo que a convencerse con sus propios ojos, porque creo, como Grace Robinson, que las madres de la Estrella de Oro han estado dudando de que sus hijos hayan muerto. Oigámosla:

—Si es difícil para una madre convencerse de la dura realidad de la muerte cuando ha asistido a su hijo en una enfermedad, hasta ver que la vida se va del cuerpo amado, y aún presenciando los funerales, más duro y cruel se le hace creerla al simple recibo de un telegrama del ministerio de la guerra y de una estudiada carta del oficial-jefe del muchacho, para no volver a oír ni ver más...—

Contened vuestras lágrimas, señora, y escuchad un poco a Miss Robinson:

—Por eso me sorprendí cuando una viejecita de Ohio me dijo en el barco, cuando íbamos: «Hace poco, cuando usted golpeó a la puerta de mi camarote, estaba yo rezando, pidiéndole al buen Dios que cuando llegue a Francia, encuentre vivo a mi Willie. Mi corazón me ha dicho siempre que no ha muerto; y que de algún modo me ha de salir al encuentro. Se me hace imposible pensar que haya muerto. Cuando me llegó la comunicación de Washington no la pude creer. Entonces puse un aviso en un periódico de Nueva York, preguntando por alguien que hubiera conocido a mi hijito. Un compañero suyo, aún en Francia, leyó mi aviso y me escribió que él y mi Willie estaban sobre un gran cañón cuando estalló un obús enemigo y me mató a mi chico. ¡Hijo de mi alma! Yo siempre le escribía; pero él se quejaba en sus cartas de no recibir letras mías. No le llegaban. Sin embargo, poco tiempo después mis cartas venían de vuelta... Yo era una pobre viuda que lavaba, aplanchaba y fregaba pisos para criar a mi Willie y a mis otros hijos. ¡Cómo deseo ahora que volvieran aquellos días, con el trabajo rudo y mis hijitos! Willie tenía veintiséis años, y lo mataron el propio día del armisticio... Pero, ¿cree usted que esté muerto? ¿No cree que pudiera ser que lo encuentre vivo en Francia?»... ¡Y esto después de doce años! Más tarde la volví a ver examinando una cruz de mármol en el cementerio de Meuse-Argonne, en la Romagne, cerca de la cañoneada ciudad de Verdún. La cruz tenía el nombre de William Spafford y el número de su regimiento. Era su hijo. —«Ahora siento un poquito más que se ha muerto—me dijo—, ahora que he visto su tumba. Sin embargo, ¿no cree usted que podría ser una equivocación? Tal vez en realidad no haya muerto!...—»

En la Romagne, señora, está el más grande de los cementerios norteamericanos en Francia. Catorce mil ciento ochenticinco jóvenes yacen allí bajo las vagas sombras de árboles nuevos plantados por el gobierno de los Estados Unidos, pues en aquella región empapada en sangre no hay árboles viejos, ya que la metralla, además de matar allí un millón de hombres que defendían la antigua ciudad, barrió los árboles y las casas, y hasta la tierra fué totalmente removida por los cañones en aquel diabólico caos de cuatro años de lucha. Miss Robinson dice:

—En el cementerio de la Romagne oí que se levantó el sonido más doloroso que puede herir el oído humano. Eran las lamentaciones, los sollozos de las madres de la Estrella de Oro, las quejas amargas de aquellas almas traspasadas de dolor: —«¡Oh, hijito mío! ¿Es que no puedes oírme? ¡Soy tu madre!» «¡Dios mío!, ¿por qué hiciste esto... a mí, que tánto te pedí por mi muchachito?» Eran los gritos de los corazones maternales destrozados por la guerra. Algunas se dejaban caer sobre las tumbas, como locas: sobre las tumbas aplanadas ya, después de doce años de lluvias y rocío.—

Ya véis, señora, que con todo y ser yo un hombre que ha corrido su barca a los impulsos de todos los vientos de la vida, también tengo mojados los ojos de leer este relato tan triste. Muchas de esas madres eran viejecitas que apenas podían andar. Miss Robinson casi tuvo que echarse una a cuestas, ayudándola a subir una colina. Otras se desesperaban de no encontrar las tumbas amadas, o se quedaban pensativas al leer inscripciones como ésta: «Aquí yace enaltecido un soldado americano cuyo nombre sólo Dios lo sabe». Muchas madres que no encontraron las tumbas de sus hijos, besaban sobre las cruces anónimas esas inscripciones. Una de ellas, campesina, llevó un poco de tierra de su finca para la tumba de su hijo, porque el muchacho soñó siempre vivir, amar y morir en el pedazo de tierra de sus padres que, por haberla trabajado él también desde niño, amaba tanto. ¡Hermoso símbolo para los desterrados que sabemos lo mucho que se quiere el solar de los mayores!

Pero ¡ay, señora!, que lo verdaderamente triste de todo esto, lo que hace saltar más lágrimas a los ojos, es pensar en la esterilidad de tánto sacrificio. Esas madres dieron sus hijos por la democracia, por la libertad del mundo; y nadie más que vuestro gobierno se burla de la libertad del mundo y de la democracia. Yo soy de Nicaragua y puedo decirlo, puedo gritarlo. La piratería del dólar, corruptora e implacable, apoyada por vuestros marinos ha ensangrentado varias veces mi tierra y ahora la tiene en escombros. Ciento veintiséis mil compatriotas vuestros yacen en los campos de Francia, mandados por el apóstol Wilson a morir en defensa de la democracia y de la libertad del mundo; y, mientras Nicaragua arde bajo la tea de vuestros marinos, cuatro mil quinientas madres de la Estrella de Oro son mandadas por Hoover a llorar sobre las tumbas de sus hijos, para ludibrio de la libertad del mundo y de la democracia.

Más de veinte mil kilómetros cuadrados de territorio nicaragüense en donde antes se vieran pueblos pacíficos y trabajadores, y campos sembrados, están ahora en cenizas, en tizones, gracias a vuestros marinos, señora, que desde el aire han fusilado e incendiado, y por la tierra han pasado como los soldados de Atila, acabando con todo. Hay cuatro mil víctimas no combatientes, entre ejecutados y fusilados desde el aire por vuestros marinos. Nuestras mujeres del campo, sencillas y buenas, y aún las de las ciudades, han sido violadas por estos modernos bárbaros. El viajero que recorra el Norte de Nicaragua no encontrará otra cosa que escombros y dolor: pueblos quemados, antes florecientes, sin un solo sér humano, porque todos han huido ante la ferocidad de estos nuevos hunos, y en donde al tender la mirada apenas si se encuentra la fuga de un gato que de tanto no ver gente se ha vuelto salvaje. Los campos llenos de esqueletos de ganados que fueron también fusilados, en un afán de locura exterminadora, y restos de trojes que antes estuvieran repletas de granos, ahora convertidas en cenizas; maizales en pavesas; café cortado perdido en los patios... ¡Restos sombríos de una desvastación insana y sistemática que parece alentada por un soplo del infierno, llevada a cabo por vuestros marinos en nombre de vuestro gran pueblo, señora! Hay cinco mil familias del Norte de Nicaragua en territorio hondureño, sin techo y sin abrigo y sin pan, antiguos propietarios, que han ido a refugiarse lejos, huyéndole a la muerte; y pueblos enteros, extenuados y hambrientos, perdidos en los caminos, en éxodo contínuo, que van como sonámbulos en una pesadilla, con la mirada fija y vacía, como de estatua, buscando un lugar lejano y tranquilo en donde refugiar sus miserias y sus dolores. Un compatriota vuestro, el periodista Carleton Beals, visitó el teatro esquiliano del Norte de Nicaragua, entrevistó a Sandino, y volvió horrorizado a Nueva York a condenar públicamente en sus escritos la actuación horrenda de los marinos.

—He visto—dice Beals—que nuestros marinos, los marinos de los Estados Unidos, han fusilado pueblos enteros desde el aire, ejecutado a gente pacífica, incendiado casas y campos, matado todos los ganados y quemado todas las trojes con el pretexto de evitar que se provea San-

dino... Y he visto ciudades que los marinos también han saqueado, como Ciudad Antigua, en donde la barbarie no respetó ni los templos, pues la iglesia, una de las más viejas de América, fué también saqueada, y las imágenes asaltadas, robándoles los adornos de oro y plata y piedras preciosas que la fe de varias generaciones había puesto en ellas. Destrucción por todos lados, guardando, sí, buen cuidado de no encontrarse con Sandino...—

Horrores, barbaridades, todo esto cuenta Carleton Beals en sus conmovedoras crónicas del Norte de Nicaragua, región que antes era una Arcadia por donde nunca había pasado el soplo cálido de las revoluciones.

¡Y es la misma bandera que llevaran a la victoria los soldados de Wilson, la que ondea en las manos implacables de los marinos de Coolidge y de Hoover en Nicaragua!...

Muchos de esos marinos, señora, han muerto: no por la libertad del mundo y por la democracia, como los soldados de Wilson, sino que por exterminar a un pueblo pequeño y débil, que apenas cuenta con unos pocos patriotas que lo defienden con las uñas. Y esos marinos que han muerto, también tienen madres que ni siquiera tendrán nunca el consuelo de una amorosa peregrinación: no por la imposibilidad de transitar en las montañas, que por la vergüenza que constituye para vuestro gran pueblo la muerte de esos muchachos, dignos de mejor causa, caídos por la ruina de mi Patria que guarda sus tumbas.

¿No os parece, señora, que la destrucción innecesaria de Nicaragua es la mayor y más cruel de las burlas al sacrificio de las madres de la Estrella de Oro?

Adolfo Ortega Díaz

Nueva Orleans, Agosto de 1930.

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

En un tomo ha recogido Ernesto Martín los principales de sus *Discursos y Conferencias.* San José. Imp. Gutenberg. 1930.

En la pág. 15 se lee:

Mientras la juventud no se declara en bancarrota; mientras la juventud conserva sus sagrados fueros y tiene apoteosis para los varones ilustres que han predicado el evangelio de la libertad, no están perdidos para el Derecho ni aun aquellos pueblos en que la opresión ha logrado arraigar muy hondamente, que la apología de la luz equivale al desprestigio de la sombra, y mientras haya protestas contra la tiranía, siquiera formuladas en ese modo indirecto y como tímido, no es vano sueño la posibidad de un reivindicación que restaure en su trono a la justicia.

Desde Santa Marta (Colombia), en donde reside, nuestro amigo G. Castañeda Aragón nos remite esta obra:

Historia de la Provincia de Santa Marta. Por Ernesto Restrepo Tirado.

Primera parte. Conquista.—Sevilla. 1929.

Por la Legación de la República de Panama en Costa Rica nos llega:

El Legado de los Próceres, por Felipe J. Escobar. Ensayo histórico-político sobre la nacionalidad panameña. Imprenta Nacional. Panamá.

En las «Publicaciones del Instituto Nacional de Panamá.»

Una obra que nos ha llenado de gusto y cuyo envío tanto le agradecemos al autor:

Los periódicos de Martí, por Joaquín Llaverías. La Habana. 1929.

La National Paper & Type Company de Nueva York, ha distribuido gratuitamente entre los impresores de Hispano América, un folleto que nos parece muy útil:

Carl A. Jettinger: *La Contabilidad del costo en una imprenta o establecimientos análogos.* Lo que es y cómo se implanta un sistema de computar con exactitud el costo. Explicado en los más sencillos términos, con modelos de los esqueletos y ejemplos de los apuntes y cálculos.

Se ha publicado el tomo III de la admirable *Historia del Mundo*, por J. PIJOAN. Barcelona. Salvat editores, S. A. 1930.

Dice el autor:

...En este volúmen de nuestra *grande e general estoria* no aparecen mapas de fronteras ni series de monarcas en listas cronológicas: las verdaderas fronteras de este volumen son las del Espíritu, y en los bordes entre la tierra y el cielo se libraron, en los siglos medios, las batallas que decidieron la suerte de la humanidad.

...El lector no podrá imaginarse nunca cuán doloroso nos ha sido tener que eliminar casi el elemento humano en esto volumen. Para apreciar mejor el panorama general, hemos tenido que identificarnos con el sentir y pensar de individuos que duele mencionar, aunque fuese sólo como comparsas secundarios. De otros mejores no decimos ni una palabra: Leovigildo, el vencedor de los suevos, no se cita en nuestro relato; no mencionamos tampoco a los tres Otónidas, ni a Juana de Arco, ni a San Fernando, ni a Jaime de Aragón. En cambio, consagramos largas páginas a San Agustín, Abelardo, Hildebrando, Algazel, Santo Tomás y Dante. El próximo número empezará ya con Petrarca, Arnaldo de Vilanova y la corte de Avignon, verdadero *incipit* de una vida nueva.

Igual que en los volúmenes anteriores, hemos acentuado en este tomo los episodios capitales, dejándolos aislados para que se destacaran sobre un cuadro liso.

Señalamos:

Canciones escolares peruanas. Serie IV. Letra del Dr. Arturo Montoya y música del Pbro. Dr. Pablo Chávez Aguilar. Ilustraciones de Víctor Morey. Lima. 1930.

Libros sobre Clemenceau

= Envío del autor =

Cuando los diarios y revistas de Francia no han cesado todavía de arrojar tinta y más tinta, sobre sus páginas para el comentario de la extraordinaria figura histórica de Clemenceau, he aquí que los editores más notorios lanzan a la circulación nuevos volúmenes, unos anécdoticos, otros de crítica histórica; unos para el panegírico, otros para la defensa o el análisis psicológico de su extraña personalidad.

Al *Espíritu de Clemenceau* de León Treich (*Nueva Revista Francesa);* al *Clemenceau* de Gustavo Geffroy y Luis Loumet, han seguido: *Entrevistas con Clemenceau*, Fernando Kenvay; *Clemenceau en su retiro*, René Benjamín; Martet: *Clemenceau descrito por sí mismo;* George Jeffery Adam: *Vie de Clemenceau;* y por último: *El silencio de Clemenceau* de Juan Martet, quien durante largos años fue uno de los más asiduos colaboradores del *Tigre* en su caracter de Director de su secretariado particular. Fue de los pocos, indudablemente, que pudo acorazarse de resignación y soportar las genialidades siempre hirientes de su jefe que a nadie perdonaron por el aborrecimiento total que el género humano en general y los individuos en particular siempre inspiraron al solitario de la Vendée.

A su respecto y con motivo de la aparición del libro, se refiere una anécdota que revelaría a un espíritu travieso de la vieja Galia, si no fuera que detrás de la sonrisa se adivinan los colmillos felinos... Cuando Clemenceau hubo de abandonar el ministerio desde el cual dirigió y ganó la guerra, pensó en ofrecer a su colaborador una «compensación» que lo dejara a salvo de las difíciles alternativas del gobierno parlamentario. Lo hizo nombrar director del Instituto de sordo-mudos de Asniéres...

—Para Ud. que conoce tan bien a los parlamentarios, le dijo, su nuevo destino debe ser apreciado. Estad seguro que esos mudos, por lo menos, no os extrangularán....

El señor Martet cambió encantado por el mutismo de Asniéres el cotarro del Palacio Borbón. Pero a fuerza de frecuentar a los nuevos pensionados y de arrastrarlos a la expresión humana, se propuso extender su acción, no ya pedagógica, sino acaso política o simplemente libresca, en provocar la expresión verbal del gran mudo de la rue Franklin.

—«Mi querido Martet: Yo he sido criticado y combatido. Lo seré aún más todavía. Para responder a esos ataques es posible que Ud. tenga necesidad de estos documentos. Yo se los entrego... *G. Clemenceau.*»

Fué así como Juan Martet ha escrito *El silencio de M. Clemenceau.*

. . . .

Después que ganó la guerra, Clemenceau no tuvo más rol en la política de Francia. A otros quedó librada la tarea subsiguiente, lejos de la resonancia de las armas y el resplandor de los incendios. Una transformación fundamental de los métodos y los procedimientos reclamaba la organización de la nueva Europa, desangrada y sin brújula. El gran vencedor tenía fatalmente que perder la paz. Por su temperamento, por su escepticismo, por sus rencores. El armisticio inauguró una nueva etapa para Europa y para la humanidad. El profundo desprecio que siempre inspiraran a Clemenceau los hombres y las instituciones de su país, los hombres y las instituciones de todos los países, no constituían el mejor instrumento para levantar el pórtico de la nueva era.



Clemenceau

Visto por *Solano*

«El parlamento ha preferido la *poupée* al hombre», dijo alguno de sus adeptos cuando fuera derrotado por Deschanel en la elección presidencial. Tan distante de ser una muñeca estaba Deschanel como de ser Clemenceau un buen Presidente de la República francesa. Juan Martet, el hombre de toda su confianza, el depositario de su testamento político, nos lo demuestra a través de esos documentos, «en los que se distingue la voz y se reconoce el estilo oral y personal del «Padre de la Victoria».

—El parlamento me detesta, responde a una de las preguntas de su biógrafo, por una razón bien simple. Mis discursos han pasado por sobre los diputados y los senadores, porque siempre he pensado que en último término el país que había de juzgarme, a ellos los juzgaría también.

La frase es hermosa, como frase. En los labios de un filósofo equidistante de las luchas parlamentarias, de un crítico desapasionado del régimen, de un vago exégeta flotante de las doctrinas constitucionales. Pero no en labios de un veterano, sesenta años solidarizado en todos los tripotajes de las Asambleas del sufragio universal.

. . . .

El éxito de la contraofensiva de 1918 había trastornado por completo al espíritu de Clemenceau. Su desprecio ingénito por todos y por todo se exarcerbó de tal modo que creyóse el amo de todos y de todo.

Olvidó entre otras cosas que su admirable acción propia no hubiera podido producirse a no mediar el rasgo de hondo patriotismo y de abnegación personal del Presidente Poincaré, que lo llamó al gobierno, a pesar de las persecusiones y las injurias de que en todo tiempo lo hiciera víctima.

Olvidó que si la guerra fue ganada en gran parte por su esfuerzo, principalmente por el incontestable empuje de su voluntad, otros hombres y otros factores fueron asímismo copartícipes de la complejísima solución. Así ha podido destacarse siempre en la difícil distribución de las responsabilidades y los aciertos que marcaron la ruta de la victoria a aquella expedición a Salónica que él mismo fustigara de todos modos; la intervención saxoamericana, producida con anterioridad a su gobierno, y el idealismo wilsoniano, que él concluyera por comprender y admirar, así lo afirma uno de los espectadores de las reuniones del Hotel Crillon de las que surgiera el Tratado de Versalles.

Olvidó con no menos espíritu justiciero la acción del propio parlamento, cuyos medios de acción no le escatimara jamás, siendo que él mismo inició su acción irrefrenable desde la Comisión de Militares del Senado y en su seno se forjó su Presidencia del Consejo.

A su vez el Cuerpo Legislativo, ante las perspectivas del triunfo, no le inspiró más que su viejo e incontenible menosprecio. Se alejó de las Cámaras. Se entendió sólo con los plenipotenciarios después del armisticio. Se aisló en su torre de dictador huraño. La democracia francesa no perdonó sus actitudes. Ni tampoco algunos de sus actos. Sus divergencias con Foch, siempre apoyado por Poincaré, aclaradas a la luz de la verdad histórica, destacan los rasgos violentos de su ensimismamiento.

Y al final, él, el más formidable censor de función presidencial, tuvo el peregrino deseo de ser Presidente de la República.

¿Para qué? Leamos sus propias palabras destacadas del libro de Martet:

—Yo no hubiera permanecido tres meses, mi querido amigo.—En el desempeño de semejante oficio yo no me hubiera limitado a inaugurar la Exposición de Horticultura. *Yo hubiera tratado de hacer algo.* Ud. no hubiera podido verme aprobando los acuerdos de Locarno; la reintegración con felicitaciones del gobierno de esa gente que ha tratado de hacernos desaparecer; la impunidad para los traidores, los desertores y otra crápula.—Un bello día, yo hubiera saltado de mi *boîte*, y les hubiera dicho: «No! Yo no acepto eso.—Ellos eligieron a Deschanel, y han hecho bien».

(*Pasa a la página 139*)

Tres héroes

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino como se iba a donde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo. El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar ni hablar. Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació, los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en camino de ser bribón. Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso: la llama del Perú se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y como la llama. En América se vivía antes de la libertad como la llama que tiene mucha carga encima. Era necesario quitarse la carga, o morir.

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados. Estos tres hombres son sagrados: Bolívar, de Venezuela; San Martín, del Río de Plata; Hidalgo, de México. Se les deben perdonar sus errores, porque el bien que hicieron fue más que sus faltas. Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz.

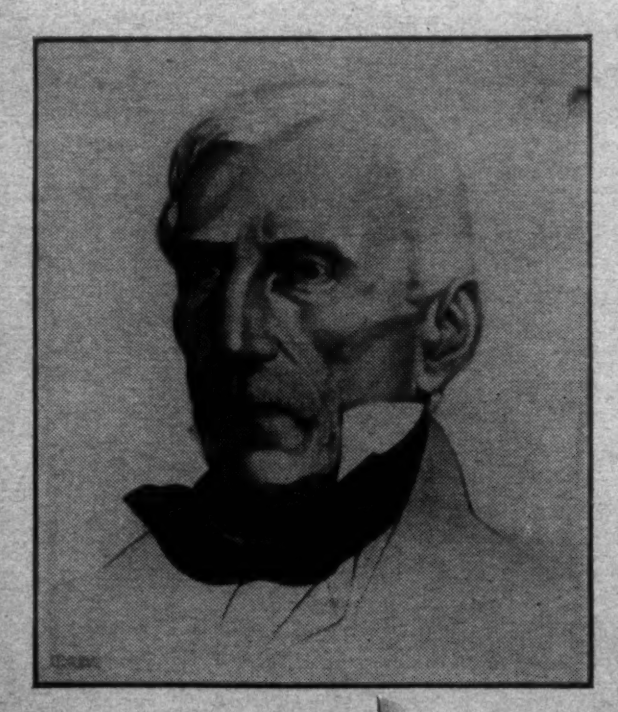


Bolívar

Según el grabado de *Kepper*

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban, y las palabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido, que le pesaba en el corazón, y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando. Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto. Ese fué el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuando parecía que Venezuela se cansaba. Lo habían derrotado los españoles: lo habían echado del país. Él se fue a una isla, a ver su tierra de cerca, a pensar en su tierra.

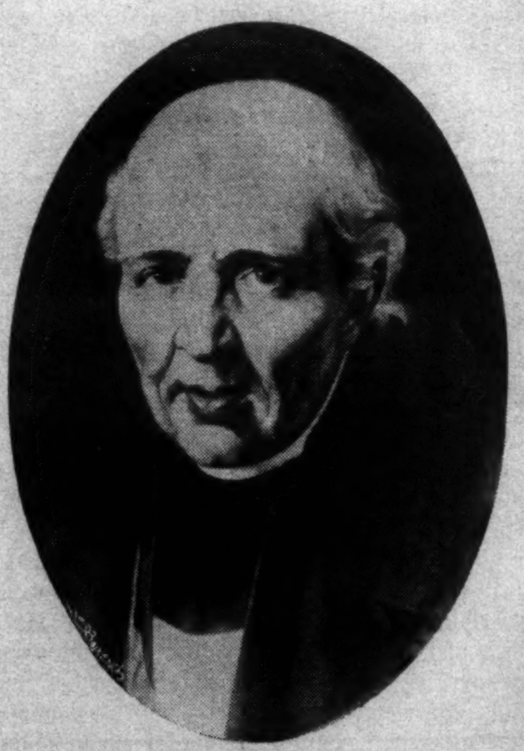
Un negro generoso lo ayudó cuando ya no lo quería ayudar nadie. Volvió un día a pelear, con trescientos héroes, con los trescientos libertadores. Libertó a Venezuela. Libertó a la Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. Todo se estremecía y se llenaba de luz a su alrededor. Los generales peleaban a su lado con valor sobrenatural. Era un ejército de jóvenes. Jamás se peleó tanto, ni se peleó mejor, en el mundo por la libertad. Bolívar no defendió con tanto fuego el derecho de los hombres a gobernarse por sí mismos, como el derecho de América a ser libre. Los envidiosos exageraron sus defectos. Bolívar murió de pesar del corazón, más que de mal del cuerpo, en la casa de un español en Santa Marta. Murió pobre, y dejó una familia de pueblos.



San Martín

Dibujo de *Eduardo Alvarez*

México tenía mujeres y hombres valerosos, que no eran muchos, pero valían por muchos: media docena de hombres y una mujer preparaban el modo de hacer libre a su país. Eran unos cuantos jóvenes valientes, el esposo de una mujer liberal, y un cura de pueblo que quería mucho a los indios, una cura se sesenta años. Desde niño fué el cura Hidalgo de la raza buena, de los que quieren saber. Los que no quieren saber son de la raza mala. Hidalgo sabía francés, que entonces era cosa de mérito, porque lo sabían pocos. Leyó los libros de los filósofos del siglo diez y ocho, que explicaron el derecho del hombre a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. Vió a los negros esclavos, y se llenó de horror. Vió maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien: la música, que consuela; la cría del gusano, que da la seda; la cría de la abeja, que da la miel. Tenía fuego en sí, y le gustaba fabricar: creó hornos para cocer los ladrillos. Le veían lucir mucho de cuando en cuando los ojos verdes. Todos decían que hablaba muy bien, que sabía mucho nuevo, que daba muchas limosnas el señor cura del pueblo de Dolores. Decían que iba a la ciudad de Querétaro una que otra vez, a hablar con unos cuantos valientes y con el marido de una buena señora. Un traidor le dijo a un comandante español que los amigos de Querétaro trataban de hacer a México libre. El cura montó a caballo, con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón; se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas, que eran la caballería; los indios iban a pie, con palos y flechas, o con hondas y lanzas. Se le unión un regimiento y tomó un convoy de pólvora que iba para los españoles. Entró triunfante en Celaya, con músicas y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, lo hicieron general, y empezó un pueblo a nacer. Él fabricó lanzas y granadas de mano. Él dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decia un caporal de las haciendas. Él declaró libres a los negros.. Él les devolvió sus tierras a los indios. Él publicó un periódico que se llamó *El Despertador Americano*. Ganó y perdió batallas.



Hidalgo

Un día se le juntaban siete mil indios con flechas, y al otro día lo dejaban solo. La mala gente quería ir con él para robar en los pueblos y para vengarse de los españoles. Él les avisaba a los jefes españoles que si los vencía en la batalla que iba a darles los recibiría en su casa como amigos. ¡Eso es ser grande! Se atrevió a ser magnánimo, sin miedo a que lo abandonase la soldadesca, que quería que fuese cruel. Su compañero Allende tuvo celos de él, y él le cedió el mando a Allende. Iban juntos buscando amparo en su derrota cuando los españoles les cayeron encima. A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote. Lo sacaron detrás de una tapia, y le dispararon los tiros de muerte a la cabeza. Cayó vivo, revuelto en la sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula, en la Alhóndiga misma de Granaditas, donde tuvo su gobierno. Enterraron los cadáveres descabezdos. Pero México es libre.

San Martn fue el libertador del Sur, el padre de la República Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles, y a él lo mandaron a España para que fuese militar del rey. Cuando Napoleón entró en España con su ejército, para quitarles a los españoles la libertad los españoles todos pelearon contra Napoleón: pelearon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancito, hizo huir una noche a una compañía, disparándole tiros y más tiros desde un rincón del monte; al niño lo encontraron muerto, muerto de hambre y de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía, como si estuviese contento. San Martín peleó muy bien en la batalla de Bailén, y lo hicieron teniente coronel. Hablaba poco: parecía de acero: miraba como un águila: nadie lo desobedecía: su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire. En cuanto supo que América peleaba por hacerse libre, vino a América: ¿qué le importaba perder su carrera, si iba a cumplir con su deber?: llegó a Buenos Aires; no dijo discursos: levantó un escuadrón de caballería: en San Lorenzo fué su primera batalla: sable en mano se fue San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera. En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo: a Bolívar lo había echado Morillo el cruel de Venezuela: Hidalgo estaba muerto: O' Higgins salió huyendo de Chile: pero donde estaba San Martín siguió siendo libre la América. Hay hombres así, que no pueden ver esclavitud. San Martín no podía; y se fue a libertar a Chile y al Perú. En diez y ocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fríos: iban los hombres por el cielo: hambrientos, sedientos: abajo, muy abajo, los árboles parecían yerba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Maipo, lo derrota para siempre en la batalla de Chacabuco. Liberta a Chile. Se embarca con su tropa, y va a libertar el Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar, y San Martín le cede la gloria. Se fue a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él le regaló el estandarte en el testamento al Perú. Un escultor es admirable, porque saca una figura de la piedra bruta: pero esos hombres que hacen pueblos son como más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debían querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantescos fundadores. Esos son héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad. Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

José Martí

(La Edad de Oro. Nueva York, 1889)

Habla el Dr. Castro...

(Viene de la primera página)

secuencias que de su ejercicio para mí resulten. La libertad de la prensa es una conquista gloriosa de la civilización, de la cual todos los hombres de ahora debemos ufanarnos. Quizá su acción en estos momentos no sea favorable para mi Gobierno, desde luego que contra él se esgrimen con no disimulada furia sus armas; pero esa libertad es una de las que a la nación más honran, y, andando el tiempo, de las que más habrán de aprovecharle; y entre lo que creo que le conviene a la nación y lo que me conviene a mí, aún como Jefe de ella, yo no vacilo. Primero y ante todo la nación, y primero el derecho de los ciudadanos de ella, que lo que pudiera convenirme a mí en esta jefatura transitoria, que mucho me honra, pero que para mi corazón y mi espíritu tiene poco de placentero, y sí tiene mucho de mortificante, puesto que, ejecutando el bien, según mi conciencia, me expongo a cosechar en perjuicio personal mío males sin cuento.—Que sea así, en buena o en mala hora; pero mi mano no suscribirá jamás nada que pueda ser atentatorio contra derechos que están consagrados por las leyes; y digo más: ni aun contra los que están consagrados por las costumbres, a menos que éstos pudieran tener carácter manifiestamente dañino a la moral social, como quedan todavía algunos, cuya desaparición debemos confiar, sin embargo, antes que a nuestra acción coercitiva, a la marcha depurativa y lenta, pero siempre segura, de los tiempos. Para eso somos, antes que mandatarios, educadores de un pueblo que entró ha poco en la pubertad y cuyo espíritu debemos fortalecer adiestrándolo en el ejercicio amplio de sus capacidades sociales, y no debilitarlo, escamoteándole la facultad de realizar, en todos sus campos y con entera plenitud, los que la ley le consagra como legítimos derechos suyos.

———

...y lo demande la economía de hombres y de dinero, a que, tanto como a la conservación y fomento de las rentas, debe propender todo Gobierno.

———

...oiré a cuantos hombres de mérito quieran ejecutar el deber de auxiliarme con sus luces.

———

La historia dice que desde el Circo Romano en que se arrojaban los primeros cristianos a las fieras, hasta la noche de San Bartolomé, en que se arcabuceó a los hugonotes, la espada ha sido siempre impotente para despedazar las ideas; la historia dice que ni María Tudor devoró el protestantismo con las llamas de sus hogueras, ni extinguió Isabel de Inglaterra las creencias católicas con el hierro de sus verdugos; la historia dice que la lengua del primer hombre que gritó en las calles de París, «Viva el Municipio», fué arrancada por sentencia de la ley, y que llegó un momento en que el Municipio de París arrojó, bajo el hacha de su venganza, todos los poderes seculares de la Nación. Y no se entienda que sólo la verdad escapa ilesa de la persecución y del tormento, porque esto fuera lamentable extravío; católicos y herejes, republicanos y monárquicos, filósofos y fanáticos, hombres de la idea vieja y hombres de la idea del porvenir, todos los que han soportado el martirio, todos los que han padecido por su fe, todos los que por su ideal se quebrantaron y murieron, levantaron con el tormeno su dogma y lo convirtieron en la bandera de una adoración. El patíbulo es siempre un pedestal; en el patíbulo, no perece ninguna idea, y cuando los errores, a pesar de la grandeza de su martirio, se desvanecen o se ahuyentan al empuje irresistible de la discusión, en esa batalla incruenta de la luz contra las tinieblas, la verdad sin solio y sin espada, sin privilegios heredados, y sin hierro homicida, tiene que vencer para que se cumpla la ley de la Providencia sobre la tierra.

Todo eso dice la historia, y lo mismo dicen los anales de la América Central. Sus patíbulos no han consolidado jamás ningunas instituciones, ningún Gobierno, ninguna doctrina; sus patíbulos no han hecho más que encarnar odios, inveterar venganzas, sustituir a la entereza del ciudadano, la abyección alevosa del esclavo; a la verdad y la franqueza, la simulación y el engaño; a la hidalguía, la ruindad; a la dignidad, la bajeza, y, en una palabra, a la moralidad, la corrupción; sus patíbulos, en fin, han sido los primeros en falsear el edificio social y en derribar solios presidenciales, tachados sólo de un rigor extremo, sin cuyo defecto, hubieran hecho la felicidad de su nación. Y mientras tal ha sido el resultado de sus patíbulos, aquellos anales nos están diciendo que el que un día levantó su sable contra la autoridad constituída, otro día es su mejor sostén, o gobernante, de quien la patria reporta grandes bienes.

———

Y no falta por esto razón: esas naciones saben que los pueblos del centro de este continente tienen un mismo origen, una misma sangre, una misma lengua, unas mismas necesidades, unas mismas costumbres; saben que juntos soportaron la condición colonial, como partes integrantes de un Virreinato, que juntos se emanciparon, que juntos, bajo una sola bandera, sufrieron, por cerca de cuatro lustros, la lucha de lo decrépito con lo naciente, y los errores inevitables de la adolescencia en sus primeros pasos, bajo el sol de la libertad; saben que los intereses del uno no pueden separarse de los intereses del otro, y que esos intereses son grandes, vitales, perdurables; saben que las familias de aquel están enlazadas con la de éste, y que esos enlaces se aumentan más y más cada día; saben, en fin, que las diversas autonomías centroamericanas de hoy no fueron más que una sola ayer, y que no serán más que una sola y para siempre, mañana.

———

La honra y la dignidad de una nación están antes que todo.

———

Creo que la expresión de la verdad, aun la más amarga, conviene al gobernante que, como

yo, tiene el valor de abdicar ante ella sus errores, y el sincero deseo de tomarla por base de sus actos. Creo, en fin, que toda discusión ordenada y comedida ilustra, y que el lenguaje sólito de las malas pasiones, contra un Gobierno que por su legitimidad y rectitud abunda en medios morales de defensa, es impotente.

...la asociación libre, que es la gran palanca de la civilización moderna, así como la fuerza motriz de tantos admirables adelantos...

Quiero que mi patria, ya que no puede ser temida por su fuerza, sea considerada por su justificación y cordura, de modo que sobre cualquier agravio que se le infiera recaiga el anatema del mundo civilizado. No tenemos escuadras; tengamos la simpatía de las naciones.

Habeis[1] prometido desempeñarlo[2] y apacentar vuestra Grey en el espíritu del Señor, y habeis dado así la mejor prenda de armonía de la Iglesia con el Estado, porque el espíritu del Señor es la Luz, la Verdad y la Caridad, contrarias a todo error, como a toda opresión, y el Gobierno de la República no pretende del de la Iglesia sino actos que emanen de esas fuentes puras.

El espíritu del Señor, bien consultado, es el que está dando elevación y poder al cristianismo, que, desfigurado y provisto de mazmorras y de hogueras allá en pasados siglos, conquistó lo único que siempre conquista el error, maldito de Dios y de la humanidad: el silencio y la abyección junto con el odio de los hombres, mientras que hoy día, armado no más que de las antorchas de la razón en que supera, y levantando su apacible voz en el terreno de la discusión libre, conquista corazones, conquista creencias, esas creencias accesibles sólo a los medios de convencer, jamás a los de intimidar. El espíritu del señor dice: Predicad mi doctrina a todas las gentes; no dice: Oprimid para que se acepte, ni cerrad la puerta a los que no estén instruidos en ella o no la profesen. En el contacto de los diversos cultos y en los debates a que ese contacto, puede dar lugar, la victoria será siempre de la luz y la verdad. El espíritu del Señor dice también: Dad al César lo que es del César.

Hablando de la Hacienda Pública, hice mención en esta Memoria del reclamo que vino a hacer hasta Puntarenas, en el buque de guerra inglés *Champion* su Capitán el señor R. Byron. Este reclamo y la *manera amenazante* con que se efectuó, son nuevos testimonios de lo urgente que es tener un gobierno nacional respetable, para que no seamos el juguete de *cualquiera* que se halle con fuerza para abusar. La cantidad que entonces pagó el Estado *se ha exigido sin que el Gobierno haya visto ninguno de los documentos en que se fundan los reclamos de súbditos británicos;* sin que tales reclamos se hayan justificado del modo prevenido por las leyes y principios que se observan en este género de negocios; sin que la parte deudora interviniese en la liquidación; *habiendo sido todo esto hecho por sólo el Cónsul Chatfield,* quien también ha distribuido *por sí y ante sí* las sumas que cada Estado *se ha visto obligado a satisfacer por debilidad respecto del coloso inglés. Con igual falta de formalidades y comprobaciones* ha pagado a la misma Nación este Estado más de cien mil pesos[3]. *Tales abusos* se cometen en vista de nuestra debilidad y precaria situación....

Si estuvieran unidos los Estados Centroamericanos no se nos hubiera arrebatado la importante isla de Roatán; ni se nos hubiera exigido cantidades de modo arbitrario y depresivo; sin que el sacrificio de haberlas entregado valga en nada para recobrar el perdido crédito. Estos hechos prueban más y más la necesidad de la Unión entre los Estados. No se da paso alguno en la Administración Pública, sin que se palpe tal necesidad. Es menester decirlo de una vez: si no se pretende que los Estados Centroamericanos sean el dominio exclusivo, el patrimonio de determinadas personas, es indispensable, es de absoluta necesidad que el Pueblo sea *inmediatamente* llamado a proveerse de un Poder Nacional, que le garantice sus derechos, manteniendo la justicia, la paz y el orden en el interior y que le haga respetable en el exterior.

---

[1] Se dirige al Sr. Obispo B. A. Thiel en el momento en que a éste como tal se le consagra.

[2] El gobierno de la Diócesis.

[3] Se refiere al pago ya hecho de la proporción de Costa Rica en la deuda federal exterior.

INDICE

Legenda aut adquirenda



E. Barbusse: *El fuego*	₡ 3-50
M. Kant: *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*	0-75
El Lazarillo de Tormes	0-50
Juan Ramón Jiménez: *Segunda antología poética.* (1898-1918)	2-00
J. W. Goethe: *Campaña de Francia y cerco de Maguncia.* 2 vols	1-50
E. Murger: *Escenas de la vida bohemia* 2 vols	2-00
Octavio Feuillet: *La novela de un joven pobre*	0-75
L. Andreiev: *El misterio y otros cuentos*	0-75
José G. Antuña: *Figuras y crónicas de la paz*	7-00
Arturo Cambours Ocampo: *El reloj de la hora bailarina*	2-00
Froylán Turcios: *El Vampiro.* Novela	3-50
A. Ballesteros: *Las escuelas nuevas francesas y belgas*	1-50
P. Henríquez Ureña y Narciso Binayán: *El libro del idioma.* (Con la *Guía*)	6-00
Plutarco: *Vidas paralelas.* 8 vols pasta	20-00
C. Dickens: *David Copperfield.* 2 vols. pasta	4-75
J. Swift: *Viajes de Gulliver.* 2 vols	2-00
M. Ciges Aparicio; *Joaquín Costa*	3-50
C. F. Hebbel: *Los Nibelungos.* 2 vols.	1-50
Goette: *Memorias de mi vida.* 3 vols.	4-00
Sta. Teresa de Jesús: *Su vida.* 2. vols.	2-25
E. Heine: *Cuadros de Viaje.* 7 vols	6-50
Emilio García Gómez: *Poemas arábigo-españoles*	4-25
M. Kant: *Lo bello y lo sublime*	0-50
M. Kant: *La paz perpetua*	0-50
Rousseau: *Contrato Social*	0-75
Fray Luis de León: *De los nombres de Cristo.* 2 vols	2-00
Plutarco: *Isis y Osiris*	4-25
María Enriqueta: *Brujas, Lisboa, Madrid*	3-00
Wassiliev: *Ochrana.* Memorias del último Director de la Policía rusa	4-25
Romain Rolland: *Teatro de la Revolución*	3-50
Rodolfo Llopis: *Cómo se forma un pueblo. La Rusia que yo he visto*	4-25

Dirigirse al Adr. del *Rep. Am.*

Algo más sobre el Dr. Castro

Nosotros le conocimos cuando ya declinaba al ocaso. Era Ministro de Relaciones y de Instrucción Pública del Gobierno del General Fernández y le correspondía presidir en 1883, un acto público en el Colegio de Nuestra Señora de Sión.

Ya habíamos contemplado su retrato de cuerpo entero que adornaba el salón de actos de la Universidad. Sabíamos que él la había fundado, así como en su primer ministerio, su primer acuerdo fué para crear el *Mentor Costarricense*, que salió a la luz en noviembre de 1842, con el objeto «de conocer los dictados del oráculo de la opinión pública, expresados bajo los auspicios de la augusta libertad de imprenta», dicho así con el énfasis de aquel tiempo: ese día escuchamos su palabra reposada y elegante, que discurría con facilidad sobre uno de sus temas favoritos: la educación femenina; y la idea de un monarca bondadoso vino a nuestra imaginación, quizás por el largo y brillante pasado y el majestuoso porte del alto funcionario.

Luego sus ojos se humedecieron cuando la Superiora de las Monjas le entregara la corona de rosas que simboliza en el claustro el final de la carrera, el remate de la obra de cultura que maestras y alumnas contemplan en luminosa perpectiva y que los padres desean con tantas ilusiones. Ya no era el ilustre magistrado, el orador académico, el estadista dedicado siempre al servicio de la patria, sino el ejemplar y cariñoso hombre de hogar, que supo desarmar a sus más implacables enemigos; aquella señorita arrodillada frente al Dr. Castro, que recibía sobre sus sienes la blanca corona de la despedida, era su hija menor y las manos temblorosas del anciano, la emoción de su semblante, nos revelaron la ternura de su alma.

Alejandro Alvarado Quirós

Agosto de 1918.

Libros sobre Clemenceau...

(Viene de la página 136)

Por su parte, León Daudet afirma que uno de los grandes capítulos de su programa de gobierno era el de fusilar, si le fuera posible, a Caillaux y Malvy y enviar a Briand a presidio...

Y pudiera ser. Sus odios y rencores no se acallaron hasta el último instante de su vida. Existen comprobaciones elocuentes a este respecto, y de carácter íntimo, que no se han hecho públicas todavía.

Se dice que cuando le llevaron la noticia del triunfo de Deschanel, exclamó: «Tanto mejor para mi familia; tanto peor para el país.» No lo creemos. Pero lo que resulta evidente es que mucha de esta literatura a que ha dado lugar la muerte del *Pére de la Victoire*, no nos resulta simpática. «Incorporado a la leyenda antes de entrar en la muerte», al decir de Tardieu, esa literatura lo ha arrancado de la imperturbable serenidad de sus últimos diez años.

Se han esforzado en presentarlo de cuerpo entero... Pero, no importa! Acaso así nos resulta más grande. Por sus enormes contrastes. «Bueno y malo como la naturaleza».

Contemplado así en toda su estatura casi sobrenatural, el pueblo francés ante su muerte, distinguió sobre todo lo que Tardieu destacara en su discurso de la Cámara: «al viejo de la tragedia antigua que en su debate con el destino encarnó la voluntad de vivir de la Nación.» Al que realizó, «lo que ninguno hubiera realizado en su lugar». A quien encarnó mejor y más absolutamente a la patria cuando la patria reclamó el soplo milagroso de su inspiración.

Las grandes sombras que se proyectan sobre su relieve histórico no han ensombrecido el rumbo que la inmortalidad le señalara junto a Bayardo, a Juana de Arco, a San Luis...

París, Marzo. 1930.

José G. Antuña

La Musa hogareña

Página lírica de Alfonso Zeledón Venegas

= Envío del autor =

Mi nido

Desde la rama donde está mi nido
elegida por mí, por mí guardada,
saludo cada día a la alborada
con un canto de amor, agradecido.

Allí mi corazón ha conseguido
la gloria largamente ambicionada;
allí feliz se mece en la enramada
entre flores, mi cielo prometido.

En él mi afán oculta cuidadoso
las dichas que ha amasado, avaricioso
del supremo placer de poseerlas

como el mar, luchador que en el reposo
de los golfos, se encierra silencioso
entre corales a cuajar sus perlas.

Arrullos del hogar

Los dedico a mi hijo Rodrigo Alfonso, nacido el 15 de Febrero de 1930.

I

Padre: también soy ya padre;
mi corazón ha sabido
de ese dulce sentimiento
que es como el mar, infinito...
de la dicha que derraman
las manecitas de un hijo.
¡Jardincito que he cuidado
y que al fin ha florecido!

En su cuna, reclinado,
contemplándolo dormido,
me sumo en divagaciones
acerca de su destino.
¡Cómo si nos fuera dado
a los padres el regirlo!
Igual tus padres lo hicieron,
igual tú hiciste conmigo.
En la cuna de sus brazos,
igual hará él con sus hijos.

El Destino... ¿He pronunciado
esa palabra, Destino?
¿Será el que prodiga espinas
o rosas a su albedrío?
¿Habrá de adornar la senda
de Rodrigo,
o bien llenará de abrojos
su camino?
No me tiembla el corazón
al preguntar por su sino.

El es hombre, y en su sangre
hay un torrente de bríos.
Trabajo, honradez, las glorias
de sus abuelos han sido:
Generales del Deber
que nunca fueron vencidos.

Sintiéndote así escudado
nada temo por ti, hijo,
que has llenado hasta los bordes
las fuentes de mi cariño.
¡Jardincito que he cuidado
y que al fin ha florecido!

II

Chilita, mi ilusión al fin lograda,
Chilita, mi valiente compañera
que has sabido alejar con tu cariño
la duda y las tristezas;
que has sabido poner con tu ternura
un dique al desaliento. Grande, Excelsa,



Alfonso Zeledón

Santa Cecilia de mi amor, que has sido
más que la Artista, has sido Madre Llena
de valerosa decisión, heroica,
desgarraste tu cuerpo por ser buena;
por darme ese retoño que en mi vida
anuncia una radiante primavera...
Nada me queda por decirte... tengo,
sí, una lágrima pura, blanca y bella,
que ha destilado mi alma y que atesora
un mundo de caricias y ternezas.
Yo la dejo en tu pecho, complacido,
como líquida perla.
¡La condecoración que mi cariño
pone a mi valerosa compañera!

Cuento y verdad

Respetuosamente a Juanita de Fallas, cuyo corazón es fuente inagotable de bondad.

Allá en una aldea...
—no recuerdo el nombre—
muy distante queda.
Tampoco precisa decir que se llama
de tal cual manera;
lo que viene al caso,
lo que a mis anhelos de bien interesa
es contar la historia
que siempre he tenido como verdadera.

Cuentan los viajeros
que en aquella aldea,
en cierto paraje
de gracia hechicera,
rodeada de musgos
y de yerbabuenas,
entre unos rosales,
bajo unas palmeras,
el cristal purísimo de una fuente clara
da su nota fresca.

Agua milagrosa,
—dice la leyenda,—
mana aquella fuente
sencilla y parlera.
De noche la luna
de nieve la llena
y la hace más pura,
y la hace más fresca;
rubia miel del día el sol le derrama
y la hace más buena.

¡Agua milagrosa!
¡Agua nazarena!
Los pájaros cuentan
que el que hasta ella llega,
si enfermo del cuerpo,
como por encanto la salud encuentra;
si enfermo del alma,
un dulce consuelo lo acoge a su vera.

Las flores repiten:
¡Quien hasta ella llega,
cansado o sediento
ya nunca olvidarla pudiera
Fuente milagrosa.
Diríase hecha
con las puras lágrimas
de la Magdalena.

Por eso la quieren,
por eso en la aldea
todos la conocen,
todos la veneran.
Por eso los pájaros
desgranan sobre ella
rosarios de notas,
collares de perlas.
Son agradecidos
y cantar quisieran
sólo al agua pura
de la Fuente Buena.

Ya sabe, Juanita,
esta es la leyenda,
muy sencilla acaso
pero es verdadera.
¡Conozco esa fuente
sin ir a la aldea!

Nocturno

¡Qué calma en la noche!
Sólo hiere tenaz el oído
lejana campana
con triste tañido.
Y el mar, que otras veces
brama enfurecido,
ni siquiera susurros exhala...
quizás se ha dormido.

Fuera, en los almendros
juega blanda brisa
y arranca a las hojas
ligera sonrisa,
y riza las aguas
que la luz vigilante del muelle
serena arcoiriza.

Sobre mi escritorio
unos libros; entre ellos, dispersos,
papeles escritos:
mis versos
de días felices
y días adversos.

Llega de la alcoba
ligero ruido;
la madre se acerca
al nene dormido,
lo besa y entonces la noche se llena
de un rumor de alas y un olor de nido.

Era un padre...

A mi hermana Marta.

Vino a mí con marcado desaliento,
señor: con cuánta pena vengo, dijo;
no he podido encontrar en otra parte
y yo sé que es usted caritativo.

Sucio sombrero había entre sus manos
por movimientos bruscos retorcido,
y el temblor de su cuerpo denotaba
los efectos del vicio.

Juzguélo uno de tantos vagabundos
que sin hogar, sin pan y sin abrigo,
lamentan, unos ilusiones muertas,
otros, amores que jamás han sido,
y todos, una historia lacerante
para justificarse en su desvío.

Sin reparar en él, con repugnancia,
una moneda le entregué al descuido
y seguí la tarea interrumpida
de hacer anotaciones en los libros.

Señor, dijo con voz entrecortada,
necesito algo más... es mi chiquito...
se me muere... tan débil... tan enfermo,
usted señor, tal vez no tiene hijos;
¡si supiera lo mucho que se quieren!
Todos debieran de nacer bien ricos.

Dos lágrimas cayeron de sus ojos
y otras dos se escaparon de los míos...

Corra, le dije al tiempo que ponía
en su mano el haber de mis bolsillos;
el médico... tal vez... y mis palabras
apenas si escuchó el desconocido,
que ya volaba hacia la triste choza
a llevar el alivio a su chiquito.

Lo ví alejarse. El sol que se ocultaba
sobre el mar suavemente adormecido,
era un Rey en su trono de esmeralda
cubierto por un palio de zafiros.

....

Allá en San Lucas se iban encendiendo
como gemas, las luces del presidio
en donde tantos infelices pasan
largos años purgando su delito...
en tanto de hambre y de dolor se mueren
cansados de esperar, sus tiernos hijos.

Marina

Un sol de mediodía, con luz viva
ilumina la calma del paisaje
y el mar que ha refrenado el oleaje
parece una ancha frente pensativa.

Al igual que una dicha fugitiva
del dolor más acerbo es el ropaje,
entre la estela de luciente encaje
hace un delfín su ronda destructiva.

Unas gaviotas que en confuso vuelo
lanzan al aire su estruendoso coro,
ponen su mancha en el azul del cielo.

Y el cardumen que salta como en celo,
finge una lluvia de monedas de oro
sobre un verde tapiz de terciopelo.

Tu libro

A Carlomagno Araya.

Jamás aroma igual hube sentido
ni colores más vivos contemplado,
que los deste jardín que tú has plantado
y en el que abriendo flores has vivido.

Venturoso poeta que has podido
compendiar lo más dulce y delicado:
para los labios, miel nos has brindado;
música celestial, para el oído.

¡Quién como tú, poeta, consiguiera
ese radiante sol de primavera
que vierte en tu vergel luz y belleza;

sol que quiebra su lumbre prodigiosa
sobre la áurea corona esplendorosa
que ha colocado el Arte en tu cabeza!

Los cadetes

Al *Cuerpo de Cadetes de Puntarenas*

Legión de juventudes que altanera
marcha al compás del atambor potente,
una bandera sobre cada frente
y en cada corazón una bandera.

Soldados del Honor, llevan doquiera
—cual de sus entusiasmos exponente,—
el gesto arrollador de la corriente
y la augusta altivez de la palmera.

Columna vigorosa que consciente
del Sacro Amor, en su defensa es fiera
y es altiva y es digna y es valiente.

En la hora del Deber, será primera;
una bandera sobre cada frente
y en cada corazón una bandera.

Costa Rica. 1930.

Estampas

Un síntoma fatal

La ley que nacionaliza la energía eléctrica está amenazada

=Envío del autor=

La facilidad y prontitud con que la United Fruit Co. ha podido invalidar la ley que señala principios justicieros a la explotación de la industria bananera, es un síntoma fatal para la estabilidad de toda legislación previsora. Porque si en 1929 unos hombres lograron imponer los intereses de la nación por encima de los de la Bananera, no fue por un espíritu ciego, sino palpando la necesidad de contenerla, de ceñirla, de hacerle sentir que un país no puede soportar el crecimiento de poderes extraños que le impongan vasallajes. No nació ayer la Bananera y tiene ya su historia, que fue la que revisaron los legisladores. Esa historia no dice que hemos tenido viviendo en una vasta región de nuestro suelo una organización de progreso o de civilización que ha influido en bien del país. Revela, sí, los peligros de la organización destinada exclusivamente a sacar rendimientos que satisfagan la codicia de los inversionistas extranjeros. Esos rendimientos, para que la Compañía no muera, tienen que ser grandes e incitar cada día el apetito del público. ¿Y cómo sale oro de la explotación de nuestro suelo? Aplicando procedimientos inicuos, es decir, cerrando el camino de la competencia, asegurando concesiones rapaces, monopolizando los medios de transporte, implantando el latifundio, ejerciendo el comercio desigual, imponiéndose. en una palabra, sobre los intereses de la nación.

Esos males tremendos vieron los hombres que moldearon la legislación invalidada hoy por el Congreso, influido por la propaganda de la United Fruit Co. Por eso decimos que toda la legislación previsora con que cuenta el país está minada. No han podido librarse los legisladores del mal que hace infecundos los principios avanzados introducidos en leyes nuevas. Lo que revela cuán difícil es conseguir al buen legislador, al que dé a las leyes fundamentos duraderos y considere que hay una unidad circulando a través de ellas, unidad que no es posible romper sin grave daño para la integridad de la nación. De Licurgo se cuenta que legisló con tanta visión que su pueblo vivió quinientos años formándose con los grandes principios introducidos por su legislación. Ejemplo que hace pensar en lo urgente que es no romper la unidad de las leyes dictadas con meditación y estudio. Y sin pretender para nuestro país una visión tan profunda como la que inspiró al espartano, sí creemos que es necesario pensar en dar permanencia y unidad a nuestra legislación.

Mientras lo que prive sea la consideración fugaz sobre el valor de la legislación, ésta sufrirá todas las alternativas de los intereses que ella limite y encauce con justicia y previsión. Y esos intereses, cuando los amparan hombres para quienes la patria sea también fugaz, cosa del momento que se vive sólo una existencia, irrumpirán sobre la legislación hasta llenarla de invalidez. Se conjurarán movidos por el estímulo del honorario, del halago, de la promesa y se entregarán a la lucha con todas las armas que sea preciso emplear. No hay en lo que afirmamos imaginación, porque en la manera como la United Fruit Co. está haciendo capitular al país, se refleja con claridad el fenómeno.

Afirmábamos que la invalidez en que se está colocando la ley que se ha llamado bananera es un síntoma que presagia invalideces para otras leyes. Y digámolo claramente, la ley que está amenazada, la que sigue en turno, es la que nacionaliza la energía eléctrica y sus medios de producción. Los intereses situados en los Estados Unidos que esa ley toca con el más profundo sentido previsor, son poderosos, de un poder mayor que los de la United Fruit Co. La brecha que esta última compañía abra para pasar su expansión sobre otras regiones del país, será utilizada por el *trust* de la electricidad, por la Electric Bond and Share Co., en su lucha contra la legislación que la importuna. La Ba-

nanera le dejará establecido el sistema y el *trust* lo aplicará aprovechándose de los mismos hombres que lo sustentan sin temores ni vacilaciones. Llevarán al Congreso la protesta contra la nacionalización de la electricidad y dirán a los legisladores que empecinarse en sostenerla es hacer sombrío el porvenir del país. La prensa unánime, la prensa diaria, tendrá columnas para los turiferarios del *trust*. En sus redacciones se sentarán con mando esos turiferarios. Muchos abogados darán estudios luminosos, muchos personajes y personillas acomodarán gente en las barras del Congreso. Veremos el mismo desfile sumiso que ahora nos está tocando ver. Se clamará contra la Junta del Servicio Nacional de Electricidad y se la culpará de todos los males que son consecuencia de la implantación del *trust*. Y nuestros legisladores irán diciendo que erraron los que en 1928 nacionalizaron la energía eléctrica y sus medios de producción. Muchos de los que enardecidos pidieron tal legislación acusarán también su pecado y exigirán que la ley se tumbe. Y el *trust* con todo su aparato de conquista triunfará.

No profetizamos. Esa facultad puede desarrollarse en aquel que viva en un pueblo de carácter complejo. Pero entre nosotros los sucesos que han de venir son hijos de los que van ocurriendo. Somos un pueblo indiferente y si hoy parece que enloquecemos celebrando la legislación avanzada y previsora, tiempo después, calmado el espasmo, nos recogemos dentro del carapacho de la indiferencia y los listos y malvados pudren lo que fué sustento de nuestra admiración. Hay necesariamente falta de educación. Las generaciones crecen sin el aliento superior. ¿Qué sustento pueden tener en los jovenes las leyes si ellos despiertan a un medio en el cual el negocio, lo que aquí se entiende por negocio, está por encima de la legislación? Para hacer el negocio hay prontitud y destreza, acatamiento, coraje y hasta traición. Los grandes intereses extranjeros cuando encuentran tropiezos, es decir, legislación previsora, revuelven las aguas del negocio y salta de allí la legión que impone el triunfo.

Sin profetizar entonces, decimos que todo hace ver que la organización malvada de que se sirve la United Fruit Co. para obligar al Congreso a que tumbe la ley saludable, quedará montada, lista a desacreditar la nacionalización de la energía eléctrica. Esa organización tendrá que ser funesta en el futuro del país. Está constituída por personajes y personillas y todos vocean el principio de la incapacidad del país para crecer sin el influjo del capital extranjero, es decir, sin la entrega a ese capital de todos los recursos económicos que poseemos. Dan a esas organizaciones capitalistas alcances civilizadores que no tienen, porque no han sido concebidas por creadores de patrias, sino por hombres de negocios que buscan el rendimiento crecido. Y sin la explotación sin ley, despiadada, envilecedora, del ser humano, no existe rendimiento centuplicado. Los turiferarios de esas explotaciones son contratados para que presenten el lado contrario, el lado por donde hay luminosidad y no tiniebla. ¿Qué dicen de la Bananera cuya historia palpita, porque es fresca y ha sido repetida y condenada día tras día? Ah, se le llena de elogios y la república no existiría sin el sustento espiritual y económico que ella ha podido darle.

También de la Electric Bond and Share Co. dirán los mismos turiferarios organizados para perpetuarse en el país, que vino a despertarnos a la civilización. La presentarán influída de grandes designios benéficos y maldecirán la legislación que ha osado limitarla. La electricidad sólo ella podrá generarla y distribuirla con la modernidad de la ciencia. ¿Cómo queremos pretender que unos hombres constituídos en Junta administren la electricidad del país? Es allá en el Norte en donde la técnica de los negocios está concentrada para organizar y explotar la energía eléctrica de la América entera.

Y en un país indiferente esa propaganda crecerá. No hay generaciones que la contengan. No hay legisladores que tengan claro el concepto de unidad que debe privar en las leyes. Si avanzamos en el campo de la electricidad, retrocederemos hasta quedar de nuevo en el más espantoso vasallaje. Esta es la realidad que le toca vivir a un pueblo indiferente.

JUAN DEL CAMINO

Cartago y setiembre de 1930.

Del tributo cubano a José Carlos Mariátegui

= De *1930*. Habana. =

y 2.—*Véase la entrega pasada*

Hombre de letra viva

El caso de Mariátegui parece ser el de un escapado de la literatura convencional, de más o menos entretenimiento al uso, que retorna un día con la certidumbre de haber hallado su rumbo cierto. Desde ese momento, se instala en una realidad que antes acaso no hubiera podido percibir, y la hace campo de sus mejores pesquisas. ¿Cómo no se le confunde con tanto falso profeta como le nace a esta América? Desde la primera palabra, nadie duda de su absoluta sinceridad: está empapada de tal sentimiento humano, de tal pasión real, que no es posible pensar que detrás haya un prestidigitador más de equívocas ideas revolucionarias.

No sabemos bien de qué modo se produce esa transformación: un largo viaje, un ahondado contacto con el espíritu de una época en sus varias y más sobresalientes expresiones, un tocar de cerca otras realidades ya en camino de florecer, y sobre todo, una natural inclinación recobrada a tiempo, le hacen portador de una nueva palabra que América necesita. Se vincula a una idea, y como pone a su servicio todo su aliento, cobra rápidamente el simbólico tono del apóstol. Su idea es una fe absoluta en un nuevo orden social y económico, —en un orden revolucionario.

Una palabra tan clara, tan nuestra, como la de Mariátegui, enrolada a una idea tan precisa, no la había oído antes América. Apuntaron, a veces, los censores de un orden, la incidental injusticia o maldad. Pero fue en todo caso algo fragmentario, al margen de los grandes descontentos. La búsqueda de una íntegra realidad, esclareciendo previa, metódicamente, todos los rincones empañados, hasta despejarlos de su falsa estabilidad, nadie lo hizo de este modo sistemático y concienzudo. Pero a la vez que tomaba ese camino lleno de riesgos en una América todavía en pleno feudalismo ideológico, adquiría una mayor responsabilidad: la de hermano mayor de una juventud que se orientaba por idéntico credo. Y quizá también la de conductor de otra categoría menos feliz y más urgentemente necesitada—la de los humildes—. Porque como había escrito en uno de sus comentarios: «No es posible entregarse a medias a la Revolución. La revolución es una obra política. Es una realización concreta. Lejos de las muchedumbres que la hacen, nadie puede servirla eficaz y válidamente».

Leyendo sus ensayos de *La escena contemporánea*, se aprecia cómo había empapado su espíritu en la más desnuda doctrina revolucionaria. Dudo que se supere en ningún otro libro similar, esa condensación de inquietudes políticas de una época. Los gérmenes a que obedecía la realidad europea del instante, se apresan en el minucioso y fino ensamblado construido por Mariátegui. Pero tanto como para revelarnos las inquietudes políticas de una época, es válida la obra para darnos su propia posición ideológica.

Con la actitud diáfana y las ideas gravitando hacia un marxismo ortodoxo, le tocó ser el definidor de una realidad, la realidad peruana que era la que tenía más cerca. Su pensamiento halló cauce propio, y lo puntualizó en unas cuantas direcciones, vinculadas en la raíz por idénticos procesos.

La realidad le atrae a Mariátegui como a todos los genuinos creadores. Con la realidad se enfrenta, para recrearla. El mejor elogio que hace de González Prada, precursor en atisbos dejados caer a lo largo de su obra es decir que *predicó realismo*. Pero no se trata de un realismo convencional, como aquel que hizo escuela, donde lo más era creación de laboratorio: aquí la realidad es el trasunto humano palpitante y limpio de toda anécdota fantástica. Su puesto está entre los definidores de la realidad, de una específica realidad, por cuya transformación trabajó.

Reconozcamos que somos más dados a las interpretaciones líricas, que a fijar el alcance de los hechos, aunque los sepamos base única de todos los balanceos humanos. Los factores económicos constituyeron para Mariátegui, por el contrario, el punto de partida de sus especulaciones y prédicas. Por esa posición concreta, con tanta certidumbre mantenida, representó en América el genuino revolucionario doctrinal. Y es esta posición la que ha de llevarle a condenar el despego de los intelec

tuales por la política,—«la única grande actividad creadora». De su obra surge el cuadro de una humanidad encaminada hacia una utopía que la inteligencia de los mejores había concebido. Esa utopía era la Revolución, la verdad de nuestra época como la llamó, y en cuya total eficacia creía, cuando pensaba que no era únicamente la conquista del pan, sino de todos los otros bienes del espíritu.

No pudo ser Mariátegui el hombre que hiciera literatura con la idea de revolución, ni con ninguna otra. Tomó con gravedad su empeño, que fué de hechos definidos. Más de una vez hemos de verlo revolverse contra la crítica de que su obra se considerara sólo literatura: «el más absurdo de los reproches que se nos puede dirigir es el de lirismo o literaturismo. Colocando en primer plano el problema económico social, asumimos la actitud menos lírica y menos literaria posible». Pero no es que desdeñe, por incompresión, las formas del arte deshumanizado. Cree que la hora es de una gran responsabilidad —ese conmovedor concepto de la responsabilidad que encontramos en los altos espíritus—, y le parece deserción el simple juego literario.

La literatura se despojó en su caso, de todo lo que no fuera su modo de expresión. Si su pensamiento es certero, su frase ha de ser recta. Pero esa misma justeza le comunica una determinada belleza. El artista no estaba, además, ausente en Mariátegui, aunque cedió el primer puesto al pensador, al político. «La literatura es lujo, no es pan». Y él estaba por el pan espiritual de los necesitados.

Félix Lizaso

Meditación del impedido

He de seguir imaginándome a Mariátegui en su coche de paralítico, aquella tribuna rodante que pudo ser la burla plástica de su vida, pero que fué el *handicap* de su espíritu a una materia demasiada castigada —demasiado castigadora— que iba anticipando, con avara celeridad, su desmoronamiento.

Mariàtegui y su coche —ese coche que remontó el Ande y viajó por todos los caminos de América, batiendo *records* de kilometraje y velocidad. Ese coche que dejó atràs el *Rolls* y el *Packard* del gamonal y el tirano y ha de aparecerse todavía, entre las nieblas de la sierra, como el carro de un nuevo profeta que dirá a la América las verdades que cercenó su marcha.

¿Quién recogerá la herencia de este coche que aprendió a transitar contra el *tránsito*, en sentido opuesto al que apunta el índice manchado del déspota? ¿Habrá quién siga remontando los cursos oficiales de la política americana en el coche de Mariátegui?

Invito a la meditación de Mariátegui y su coche. Meditación tranquila, sin gratuito desasosiego. Meditación del *impedido*.

¡Sublimidad de esta limitación! Mariátegui, inmóvil en su coche, conoció, con lucidez dolorosa, el verdadero valor del movimiento. Parejamente el drama de su parálisis le enseñó, con la dura lección de la necesidad, lo inútil del ademán y el aspaviento sin motivo. La vida no pudo brindarle esa voluptuosidad primaria del desperezo y el cómodo cambiar de postura. El cuerpo le ascetizó el espíritu y le hizo ver toda la trascendencia de un vivir que no es girar sobre sí mismo, ni simular la marcha, sino moverse convulsivamente en la intimidad del ser, con toda la carga de la pasión y el pensamiento y con esa otra carga más triste de una carne macerada y unos huesos canijos.

Mas no pudo dejar de sentir su cuerpo retrasado la espuela del ansia. ¡Cuántas veces se vería asediado por el íntimo deseo de la lucha material, brazo con brazo! Pero hizo fuete de su voluntad para castigar las vehemencias inútiles y resolvió por las vías de un pensamiento frío —de puro calecido— sus nobles rebeldías.

Resolución heroica. Y por ello serena. Asistida de esa firmeza de los espíritus que saben su misión. Y así no fué Mariátegui ese americano más de los gestos esporádicos y los desahogos circunstanciales, del epifonema estéril y el afeminado lamento. Fué el hombre de la organización mental, de las soluciones numéricas, de la estrategia revolucionaria. No llevó a su obra el drama íntimo de su vida. Sabía que el drama —y más en América— casi siempre es teatro y ruta de Narciso. Examinó el caso peruano —el caso americano— con pasión lucida de médico, no con pasión turbia de enfermo.

Por la misma ascesis de su vida, no confluyó en esa literatura del odio, grata al revolucionario. Entre las amenazas, las persecuciones, los encarcelamientos y los destierros, dijo siempre Mariátegui su palabra serena y sustanciada, sin carga de rencor, lastrada sólo con esa justicia que desprecia el grito, porque toda ella es un clamor vivo.

Hombre apasionado —«mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones», decía,— no frecuenta, sin embargo, el panfleto ni la proclama incendiaria. Su pasión —a diferencia de la de Unamuno, con quien tuvo su espíritu algunos puntos de contacto, a cambio de numerosas diferencias— se tradujo siempre en un celo ferviente por sus ideas, no en el arranque lírico ni en la confesión sentimental. Dejó su pensamiento desnudo, como el maquinista que desarbola su motor para que pueda apreciarse la solidez de la estructura y la exactitud del mecanismo.

Mariátegui expuso sus ideas con ardor, pero fué el ardor luminoso de los reflectores, mejor que el ardor humoso de las teas. En América se hacía —se sigue haciendo— demasiado comunismo inconsulto; un comunismo que no pasó nunca por esa escuela de rigor y precisión, por esa apretada organización revolucionaria que es la obra de Marx. Mariátegui, revolucionario genuino, no podía seguir los mismos ca-

Honrando a uno de nuestros poetas

Real Academia Española.

Sr. D. J. M. Alfaro Cooper.

San José de Costa Rica.

Señor y Poeta de mi mayor aprecio: Acabo de leer en estas vacaciones el magnífico Poema La Epopeya de la Cruz *con que Ud. tan espléndidamente me ha regalo. Necesitaría yo de muchas páginas para decirle con todo mi entusiasmo y fervor las impresiones hondas de esta maravillosa lectura que de modo tan entrañable me conmueve y admira. ¡Singular y heroico esfuerzo el de Ud.! Sólo el intentar una obra semejante ya acredita los bríos de su alma, los finos aceros de su fe y la pujanza de su inspiración. Pero el acabarla con éxito tan feliz, con tan puro arte y sostenido aliento, pone a su autor en las cumbres de la poesía católica (católica en el sentido religioso y también, por otra parte, en su acepción de universal) allí donde las Musas cristianas, "la Grecia en gracia de Dios," según la frase de Menéndez y Pelayo, aguardaban al peregriao Poeta que renovase los añejos lauros, las azucenas místicas de los grandes épicos hispanos al estilo de Diego de Hojeda y Mosén Jacinto Verdaguer, y todavía sube de punto y de significación esta noble cruzada poética de Ud. en tiempos como los que ahora corren tan turbios, apresurados y carnales. ¡Honor a ese dulce paraíso de Costa Rica, patria de tan claros varones como Ud.!*

Bien quisiera mencionar aquí todos los aciertos y primores, todas las bellezas de fondo y de forma que he saboreado en esta primera lectura de la Divina Infancia, de la Vida Pública y la Pasión y Muerte del Salvador, multitud de pasajes de la Epopeya ejemplar que ha de ser también sabrosa lectura, delicado manjar para mi esposa y mis hijos: pero baste por ahora, mi admirado cantor del Rey de Reyes y de sus inefables misterios Eucarísticos, decirle a Ud., con la más fervorosa cordialidad, mi devoción y mi afecto, mi gratitud y reverencia.

Este ejemplar de La Epopeya de la Cruz, *que he de encuadernar preciosamente, será testigo, en el mejor y más accesible lugar de mi biblioteca, de la admiración y el cariño que le brinda a Ud. su muy devoto*

Ricardo León

S/c.: Quinta Santa Teresa.—Torrelodones, (Madrid). Enero. 1930.

minos fáciles y truncos de una demagogia parvular. Mariátegui arribó al marxismo por los duros escarpes del análisis, la meditación y el estudio. Sus *7 ensayos* bastan para que la literatura revolucionaria de América tenga bibliografía.

Entre una muchachada ansiosa, pero desorientada, que se atropellaba para no ir a parte alguna, Mariátegui guió serenamente su coche, uno de los pocos vehículos del pensamiento político americano que sabía a dónde ir y por dónde ir.

Mariátegui, «apresurándose lentamente» en su coche de paralítico, ¿no es acaso el símbolo de una nueva América que vencerá no por el impulso ciego ni el movimiento improvisado, sino por el avance tenaz y progresivo, según el *tiempo* y la norma marcados por aquel hombre a quien le bastó la mínima posibilidad móvil de dos ruedas para escalar la última eminencia andina y plantar en ella la bandera de una nueva libertad?

Hagamos la meditación de Mariátegui y su coche. Meditación del *impedido*. Meditación del paralítico. ¿Paralítico? O paráclito, ¿por qué no? Nunca la afinidad fonética de dos palabras me ha parecido tan íntima, tan sustancial. Mariátegui: paralítico: paráclito. Paráclito espíritu con cuya presencia y asistencia sigue contando América.

Francisco Ichaso

Tablero
1930

Roscherstrasse 17
Charlottenburg
Berlín, 1.º de Agosto.

Mi querido don Joaquín:

Ningún medio mejor que *Repertorio* para hacer llegar mis saludos y enhorabuenas tanto a don Alfredo González como a los apristas de Costa Rica por su magnífica campaña anti-imperialista por la nacionalización de la fuerza eléctrica.

Ya he visto, —yo que con tanto interés vengo siguiendo todo lo que a esa admirable campaña se refiere—, que a falta de argumentos contra los apristas se les ha insultado. Pero creo que todo eso les da más fuerza ante el pueblo costarricense. Como corolario de la magnífica labor que los apristas están haciendo en Costa Rica para defenderla del imperialismo, yo insinuaría que la obra de Vicente Saénz: *La Norteamericanización de Centro América*, se reeditara. Como Ud. sabe, es uno de los libros más leídos en la América Latina hoy. Y en casos como éste hay que tenerlo muy presente.

Le saludo con el afecto de siempre. Ya sabe cuanto le quiere y admira su amigo lealísimo,

Haya de la Torre

La estimación cordial y comprensiva

= De *El Comercio*. Quito =

Esta incomunicación en que viven los pueblos de América! Por un periódico argentino, el alerta y juvenil *Renovación*, sé que se prepara un homenaje al gran maestro suramericano, don Joaquín García Monge. Como aficionado de la pluma, como amigo de este ilustre escritor y hombre público, me apresuro a adherirme a tal manifestación justiciera, pequeña recompensa para una labor tesonera y modesta, pero que para América tiene una enorme trascendencia.

García Monge es ante todo un educador y como tal honra a su pequeña y admirable patria, Costa Rica. Una de las pruebas de su vocación es *Repertorio Americano*, semanario de cultura hispánica, por el que acaso más se ha extendido el nombre del benemérito americano por este Continente tan desdeñoso de todo aquello que no signifique dinero, fuerza o poder.

Ministro de Instrucción Pública, Director de Normales, Director de la Biblioteca Nacional de Costa Rica, García Monge extendió su vista y su obra más allá de los confines de su Patria y pensó siempre en América. Visión de estudioso que no se contenta con encerrarse en los contrafuertes de sus montes, en tanto el mundo se desborda en hombres que buscan los más apartados confines, mientras las ideas y las instituciones marchan en busca del abrigo seguro de los pueblos fuertes, mientras el mundo cree que el futuro de la humanidad se encuentra en América...

Esta es la labor que ha tomado sobre sus hombros el gran luchador costarricense. Después de haber publicado muchísimas bibliotecas de difusión cultural, ha emprendido en la tarea laboriosa y de una utilidad que asombra, de fundar un semanario, con el mismo título de aquella inolvidable hoja fundada en Londres por aquel otro educador y gran sabio, Andrés Bello, *Repertorio Americano*. Por este semanario principia a ser conocido en España y en América misma, el continente hispanoamericano. Ningún pueblo ignora más a otro pueblo que el americano; ningún pueblo se encuentra más incomunicado y con mayores enemistades absurdas. García Monge ha querido reunir en su publicación a los escritores de España y de América, ha hecho que su semanario sea el palenque en el que se debatan los problemas que conciernen a los pueblos de habla española, para que conozcan sus propios intereses y para que aprendan a estimarse.

Y no es una labor de tijeras solamente, que con ser lo que es ya tiene un enorme mérito, sino las anotaciones circunspectas, benévolas; las indicaciones críticas, las sugerencias de buena fe, la bondad para con los jóvenes, la dirección en las encuestas que interesan al Continente y a la raza, todo esto lleva el sello de la valía personal del hombre público y del escritor; porque García Monge es, además, un escritor de nota y sus cuentos costumbristas serán, cuando se los estudie detenidamente, una muestra admirable de lo que debe ser el americanismo en el arte.

Y baste por hoy, ya que no he querido sino adherirme al homenaje que se prepara para el propagandista de las buenas nuevas de América.

Isaac J. Barrera

Santo Domingo nos da una lección

Al dirigirse a la Cámara de Comercio de Santo Domingo, el licenciado don Rafael Estrella Ureña, Presidente provisional de la República, declaróse enemigo de los empréstitos y partidario de la rehabilitación económica a base de reducción de los gastos, fomento de las riquezas naturales y ensanche de las exportaciones.

He ahí, en pocas palabras, todo un programa.

Por regla general, los emprestitos que contrata la América indolatina en los Estados Unidos son un expediente para salir de apuros. De que se sigue que, a vuelta de cierto bienestar momentáneo, no den resultados mejores que los de sacar de quicio la vida económica y crear problemas que sólo pueden resolverse... mediante un nuevo empréstito.

Tomando como ejemplo ilustrativo a Venezuela y Colombia, veremos que mientras que la primera ha llevado a cabo obras de positivo progreso material sin necesidad de comprometer en Wall Street el crédito y hasta la misma suerte de la Nación, la segunda, pese a repetidos empréstitos, a cuyo monto han de sumarse los veinticinco millones de dólares del Tratado que puso fin al pleito de Panamá, no cuenta hoy con una sola obra que compense ni tan siquiera justifique la carga que gravita sobre su Hacienda.

(*Gráfico*. Nueva York)

Imp. Alsina (Sauter, Arias & C°.) San José, Costa Rica